



Joaquín Calvo-Sotelo

La amante
Comedia en tres actos

PERSONAJES

INOCENCIO.
BASTIÁN.
MANOLO.
GRACIELA.
GLORIA.
EUGENIA.
IGNACIA.

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid, la noche del 26 de marzo de 1968.

Acto I

La escena representa una habitación de una familia de la clase media baja española, que habita un entresuelo, casi a ras de la calle. Al fondo hay dos ventanas con unas persianas plegables, de color verde. Cuando están levantadas, se ven las casas de enfrente, si bien de un modo borroso y vago. Entre las dos ventanas, en el lienzo de pared,

hay un gran aparador, en el cual se guardan piezas de la vajilla. En el extremo izquierda, sobre un trípode de madera, se ve una maceta con una planta cualquiera, que cubre una funda de papel rosado y remata una lazada. A mano derecha se abre una puerta que conduce a un pasillo en el que se adivina un perchero. Adosado a la jamba de la puerta hay un teléfono de pared. En el centro, y bajo la luz de una lámpara, hay una mesa-camilla flanqueada por tres sillas. Adosada al lienzo de la pared de la derecha, hay una pequeña librería con algunas novelas y revistas, así como los libros de la contabilidad en los que trabaja INOCENCIO. Justo enfrente, y adosado al lienzo de la izquierda, hay una cómoda y sobre ella un espejo. Muy cerca de ella, una mecedora. En el primer término de la derecha, una puerta que da a la habitación de INOCENCIO y de GRACIELA, y en el primer término de la izquierda, una puerta que da a la habitación de GLORIA. Todo tiene un aire de pulcritud, pero de mediocridad económica. En el papel que decora la habitación se advierten algunos ritos y en los visillos de las ventanas, algunos zurcidos. Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.

Al levantarse el telón es de noche cerrada. La luz de la luna penetra por la abierta ventana. Durante unos segundos, la escena permanece vacía. Dentro se oyen, las palmadas de alguien que llama al sereno. Una voz: ¡Serenos! ¡Al once! Otra voz: ¡Va! Pocos instantes después entran INOCENCIO y GRACIELA. INOCENCIO es un hombre de unos cincuenta años, vulgar, prosaico y desvencijado físicamente. Su mujer tiene algunos pocos menos. Es una mujer marchita para la cual pasó ya la hora del amor. INOCENCIO llega desabrochándose el cuello de la camisa y hace mutis por la derecha. GRACIELA pasea un poco. Después se sienta en una de las sillas, apoyada en la mesa, frente por frente del espectador, con la mirada vaga y distante. Naturalmente, al entrar encendieron la lámpara, con la cual la escena se iluminó por completo. Bien pronto reaparece INOCENCIO. Se ha puesto en zapatillas. Va a la librería de la derecha y recoge de ella unas facturas y unos libros de contabilidad. Del mismo modo, un flexo de luz que enchufa, enciende y coloca sobre la mesa-camilla.

GRACIELA.- (Le mira con un desdén indisimulado.) ¿Llevas clavos en los zapatos? ¿Se te hinchan los pies, como los que tienen trastornos circulatorios?

INOCENCIO.- (Vuelve a buscar en la librería un cuaderno de apuntes que había olvidado y habla de espaldas a GRACIELA.) No, ninguna de las dos cosas. ¿Por qué lo preguntas?

GRACIELA.- Seguro que si no te pones las zapatillas, se te caerá la casa encima o te dará una alfercía.

INOCENCIO.- ¡Qué bobada! Si me las pongo con tanta prisa es porque así me encuentro más cómodo.

GRACIELA.- A mí también me es más cómodo no peinarme, no pintarme, no limpiarme las manchas de la ropa y, sin embargo, me peino, me pinto y me las limpio.

INOCENCIO.- Tú eres muy mirada y muy pagada de las formas que a mí me tienen sin cuidado.

GRACIELA.- Ya lo veo.

INOCENCIO.- (La invita un poco bruscamente a que se levante y abre sus libros de contabilidad sobre la mesa.) Bueno, ¿quieres quitar los codos y dejarme mi sitio?

GRACIELA.- ¿Necesitas toda la mesa para tus cuentas?

INOCENCIO.- Para las mías, no, que para esas me basta con un papel de fumar. Pero para las del cabaret «Versalles» sí, la necesito tanto, que me estorbas tú.

GRACIELA.- Está bien. (Se levanta de mal talante y se va hacia la ventana.)

INOCENCIO.- ¿Por qué no té acuestas? Es lo mejor que podrías hacer.

GRACIELA.- ¿Crees que me dormiría?

INOCENCIO.- (Ha extendido ya sobre la mesa-camilla todos sus papeles y se dispone a iniciar sus trabajos. Se interrumpe, entonces, y mira a su mujer con aire interrogante.) Mucho te ha impresionado lo de don Germán. (Saca un cigarrillo y se dispone a fumarlo.)

GRACIELA.- Sí, mucho.

INOCENCIO.- Pues ya no tienes, edad de que te sorprendan ciertas cosas. La muerte es un fenómeno tan natural como la vida.

GRACIELA.- Sí, pero las calles y las casas están llenas de vivos y no de muertos.

INOCENCIO.- (Se ríe.) Ah, te asustan los muertos, te asustan...

Uhhh, uhhh. (Se acerca a ella burlonamente.) ¡Soy don Germán!

GRACIELA.- (Colérica.) Déjame; me molestan esas bromas.

INOCENCIO.- No quiero pelear, Graciela, me aburro, me fastidia al hígado. (Se sienta.) Pero tú, ¿eres tonta o qué te pasa? ¿Por qué tienes que estar así, con esa cara y ese abatimiento? ¿Es que don Germán era alguien de la familia? (Busca unas facturas.)

GRACIELA.- Solo te parece legítimo el dolor cuando se le muere a uno alguien de la familia. ¿Es que fuera de ella no hay por qué llorar a nadie? Pues, yo, sí, he llorado por mucha gente que no tiene nada que ver con mi familia. Por los políticos que asesinaban, por los actores a los que les daba una embolia, por los personajes, de novela a los que les ocurrían desgracias, y en los teatros y en las películas, y por muchas personas a las que no había hablado jamás. ¡Para que te extrañe lo de don Germán! Yo lloro a los que quiero, sin mirar cuál es su apellido, y a los que no quiero no los lloro aunque sean de la familia.

INOCENCIO.- (Dentro se oye el ruido de un cajón que se abre y se cierra.) ¿Quién anda ahí? ¿Gloria? (Apaga su cigarro.)

GRACIELA.- ¿Quién va ser?...

INOCENCIO.- (Por la puerta derecha.) ¡Gloria!

GLORIA.- (Desde dentro) ¿Qué hay?

INOCENCIO.- ¿Qué haces despierta a estas horas?

GLORIA.- ¿Y qué hora es?...

INOCENCIO.- Las dos y media.

GLORIA.- Nada, me quedé a oír la radio y después me puse a leer.

(Entra en escena. Es algo mayor que INOCENCIO. Viste una bata muy pobre y descuidada. Ella tiene el mismo aspecto de la bata.)

INOCENCIO.- (Coge un libro que lleva GLORIA en la mano.) ¿Cuántas veces lo has leído?

GLORIA.- Bastantes.

INOCENCIO.- Es verdísimo.

GLORIA.- Me divierto. (Transición.) ¿Habéis estado allí todo el tiempo?

INOCENCIO.- Sí, claro.

GLORIA.- ¿Desde cuándo era viudo?

INOCENCIO.- No sé... Desde hace mucho.

GLORIA.- ¿Qué familia tenía?

INOCENCIO.- Unos sobrinos que llegaban ahora. ¡Como la muerte fue tan repentina...!

GLORIA.- ¿Mucha gente?

INOCENCIO.- ¡Pchs...! ..

GLORIA.-, ¿Porqué no te metes en la cama? (Se dirige a la librería y allí cambia su novela por otra de su mismo talante.)

INOCENCIO.- Porque he de preparar el balance del «Versalles».

GLORIA.- ¿Y eso es difícil?

INOCENCIO.- Siempre son difíciles los balances cuando hay ganancias.

GLORIA.- El dueño del «Versalles», ¿no es muy rico?

INOCENCIO.- Sí, y a mí me paga para que no lo note que lo es.

GLORIA.- Ya.

INOCENCIO.- Las mujeres se encargan retratos a los pintores para que las saquen guapas. Los hombres de negocios son al revés: nos encargan balances a los contables para que los saquemos pobres.

GLORIA.- Trabajas mucho, hermano, más de lo que puedes. (Le palmotea cariñosamente con la novela sobre el hombro.)

INOCENCIO.- Menos de lo que necesito.

GLORIA.- Y no tienes buena cara últimamente.

INOCENCIO.- ¡Bah...!

GLORIA.- ¿Es verdad o no, Graciela?

GRACIELA.- A mi no me parece...

GLORIA.- (Con un malintencionado tono de reproche.) Quizá es que no te fijas.

GRACIELA.- Sí, me fijo, pero no me da esa impresión.

INOCENCIO.- Estoy bien, Gloria, estoy bien.

GLORIA.- Sí, sí, todos estamos bien hasta que dejamos de estarlo y, sí no, que se lo pregunten a don Germán. Ayer en este mundo y hoy en el otro.

INOCENCIO.- ¡Che..., che...! Que don Germán había cumplido los

sesenta.

GRACIELA.- Todavía no.

INOCENCIO.- Pocos le faltarían.

GRACIELA.- Tres, le faltaban tres; tenía exactamente sesenta y siete.

INOCENCIO.- ¡Qué precisión!

GRACIELA.- Cuando una persona se acaba de morir, lo primero que se sabe es cuánto ha vivido.

INOCENCIO.- Sí, eso es verdad. Es el momento de hacer las cuentas. De pasar el saldo a pérdidas y ganancias y cerrar los libros.

GLORIA.- Pues don Germán aparentaba más. (Toma una botella de anís del trinchero, con la que hará mutis en su momento.)

GRACIELA.- No, aparentaba menos. Lo que pasa es que tú no le querías.

GLORIA.- ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

GRACIELA.- Siempre decimos que aparentan más años las personas que no queremos, como para disculpar a la muerte y quitarle maldad y hacerla menos odiosa.

GLORIA.- No, lo que yo decía no era tan retorcido. Era, sencillamente, que don Germán, con aquellas bolsas en los ojos y aquel pelo blanco, parecía un viejo de ochenta. (Y se vapor la izquierda.)

INOCENCIO.- Y es verdad. Dicen que el Poder desgasta. Pero a los políticos lo que más les envejece es no estar en el Poder. Fíjate en los ministros: todos lozanos, como rosas. Fíjate, en cambio, en los exministros: todos parecen lacios, marchitos y casi pretuberculosos.

GRACIELA.- Don Germán mandó siempre.

INOCENCIO.- Pero no como le gustaba a él, y como de verdad se manda.

GRACIELA.- ¿Cómo se manda de verdad?

INOCENCIO.- Teniendo una mesa con muchos timbres y muchos teléfonos y siendo colaborador asiduo del: «Boletín Oficial». Eso es mandar y lo demás son tonterías. Y eso se le había acabado hacia ya mucho tiempo a don Germán. (Transición.) Y ahora, ¿qué es lo que miras? ¿Se puede saber? (INOCENCIO se levanta y va hacia GRACIELA.

GRACIELA está asomada a la ventana, si bien con timidez, como con el recelo de ser vista, INOCENCIO se acerca a ella.) Anda.... las velas..., se ven las velas. (Transición.) Bueno, lo tuyo es, obsesivo. Prefiero pasar calor a que estés ahí de muestra, como hipnotizada, mirando la cámara mortuoria. (Y baja las persianas con cierta intemperancia.) ¡Ya está bien de duelo!

GRACIELA.- Como gustes.

(Y se va por la derecha. INOCENCIO, una vez impuesta su autoridad, se entrega otra vez a sus tareas.)

INOCENCIO.- (Coteja unos recibos.) Importe de las ventas del mes de mayo pesetas: ochocientas veinte mil cuatrocientas ochenta y ocho

con cincuenta y cuatro céntimos. (Refunfuña.) Cínico, más que cínico. Si yo fuese inspector de Hacienda me ibas a contar a mí esos cuentos...

BASTIÁN.- (Desde la calle.) ¡Inocencio! ¡Inocencio!

(Ahora se da cuenta de que le llaman. Suspende sus tareas y se queda alerta. GLORIA, por la izquierda, reaparece comiendo unas galletas, que lleva en el bolsillo de la bata.)

GLORIA.- ¿No oíste?

INOCENCIO.- Sí, y lo peor es que creo que es Bastián y que ya sé por qué me llama. ¡Apaga la luz!

BASTIÁN.- ¡Inocencio!

(GLORIA cruza presurosa la escena y apaga la luz.)

INOCENCIO.- Le debo dinero y viene a pedírmelo.

(Sobre la escena, a oscuras, el personaje principal, por breves segundos es la luz de la Luna.)

BASTIÁN.- ¡Inocencio! ¡Que te he visto! Ábreme, que es una obra de caridad.

INOCENCIO.- ¿No te dije? (Con un gesto resignado, se dirige a la ventana y descorre la persiana, mientras invita a GLORIA, con un ademán, a que encienda de nuevo, en lo que es obedecido.) ¿Qué hay, Bastián? ¿Qué haces por aquí?

BASTIÁN.- Voy a casa de don Germán Artuña.

INOCENCIO.- ¿Buscas al sereno? Fácil te será encontrarlo. Hoy, además, no habrán cerrado el portal.

BASTIÁN.- ¿Qué haces tú?

INOCENCIO.- Preparo el balance del «Versalles».

BASTIÁN.- ¿Por qué no echamos una partida de tute?

INOCENCIO.- ¡Quita, hombre, a estas alturas...!

BASTIÁN.- Escucha, Inocencio, que no vengo por lo que te imaginas.

INOCENCIO.- Si yo no me imagino nada.

BASTIÁN.- ¡Como te veo así, receloso!...

INOCENCIO.- No, Bastián; no. Bueno, ¿quieres entrar? Pues entra.

(INOCENCIO hace mutis por el foro; en el interior, GLORIA se va por la izquierda, mordisqueando sus galletas. Casi simultáneamente regresa INOCENCIO seguido de BASTIÁN. BASTIÁN es un hombre de la edad de INOCENCIO, derrotado y bohemio. Viste un traje ligero y claro, con una camisa destinada a ir sin corbata, a la que, sin embargo, se le ha añadido en el último instante.)

BASTIÁN.- Confiesa que me habías oído y que te hacías el sordo.

INOCENCIO.- No, Bastián, no.

BASTIÁN.- Y que apagaste para despistarme.

INOCENCIO.- Fue mi hermana, que se equivocó.

BASTIÁN.- Yo te vi desde la acera de enfrente antes que cerrases las persianas. Eres la imagen de la laboriosidad. (Se sienta en la mesa-camilla.)

INOCENCIO.- Sí, acabábamos de llegar de la casa del pobre don Germán Artuña. (Le ofrece tabaco.)

BASTIÁN.- ¿Le conocías mucho?

INOCENCIO.- Para mí era como un padre. Y, te parecerá raro, pero, prácticamente, él no daba un paso sin mí.

BASTIÁN.- ¡Pues cómo estarás entonces...!

INOCENCIO.- Ya puedes suponértelo. ¿Tú le conocías bien?

BASTIÁN.- No.

INOCENCIO.- ¿No ibas a su casa?

BASTIÁN.- Sí, eso sí.

INOCENCIO.- No entiendo. (Se sienta.)

BASTIÁN.- Anda, hombre, ¿por qué no echamos un tutecito?

(BASTIÁN. lleva en el bolsillo de la americana unas cartas de baraja y un pequeño juego de damas. En el bolsillo interior lleva también un cartón de parchís, todo lo cual se lo enseñará a INOCENCIO en su momento oportuno.)

BASTIÁN.- Antes eras muy aficionado.

INOCENCIO.- Y sigo siéndolo, pero tengo trabajo y son ya casi las tres de la mañana.

BASTIÁN.- ¿Y unas damas?

INOCENCIO.- No, de verdad, no.

BASTIÁN.- Antes te gustaba el parchís a rabiar. ¿No te apetece ya?

INOCENCIO.- Apetecerme, sí, solo que a esta hora...

BASTIÁN.- Anda, una partida. (Con un aire gracioso de mendigante.) Una partidita, hombre, de lo que quieras.

INOCENCIO.- No, Bastián, no.

BASTIÁN.- ¿Y una copa? ¿Tampoco me das una copa?

INOCENCIO.- Bueno, si quieres beber mientras yo acabo esto...

BASTIÁN.- Sí, sí, encantado.

(INOCENCIO va al trincherero y busca la botella de anís que se llevó GLORIA. Al no encontrarla, hace mutis por la izquierda. Desde el borde mira a BASTIÁN. con una sonrisa entre irónica y amistosa...)

INOCENCIO.- ¡Este Bastián...!

VOZ.- (Desde dentro.) ¡Serenos!... Al once. ¡Serenos!

BASTIÁN.- (Se asoma a la ventana.) Oiga, el sereno está ahí, en el siete.

Voz.- Gracias.

INOCENCIO.- (Vuelve a aparecer con la botella.) Anís, ¿te va bien? Bastián... ¡Qué rico!

INOCENCIO.- (Mientras le sirve con un vaso que encontró en el aparador.) Óyeme, Bastián...

BASTIÁN.- ¿Tú no bebes?

INOCENCIO.- No. Me da sueño. Escúchame... Dices que ibas a casa de don Germán y que, sin embargo, no lo conocías. ¿Por qué ibas entonces? ¿Es que simpatizabas con él?

BASTIÁN.- (Borroso.) Ah, sí, mucho. (Transición.) ¡Qué rico es el anís!

INOCENCIO.- No cambies de conversación, Bastián... ¿Por qué ibas, dime?

BASTIÁN.- Tú eres amigo, Inocencio, y a ti no se te puede ocultar nada. Yo soy muy trasnochador. Antes era fácil serlo. Pero ahora..., todo son dificultades y trampas... La obsesión del Régimen es meternos en la cama a las diez. Y con nuestras esposas legítimas, naturalmente. Y a ser posible sin píldoras. ¡Vaya perspectiva!

INOCENCIO.- Tú estás soltero.

BASTIÁN.- Más importante que eso. ¡Ojo al matiz! Soy soltero y por muchos años. Pero los casados son una clase psicológicamente débil que necesita de protección y que cuenta con mi apoyo. Yo soy trasnochador, y al que me haga madrugar no se lo perdonaré mientras viva, palabra.

INOCENCIO.- La devaluación, Bastián.

BASTIÁN.- ¿Y por qué la devaluación ha de obligarme a entrar en la oficina a las ocho? ¿Por qué he de ser yo quien ahorre el dinero que se gastan los demás?

INOCENCIO.- ¡Pues trasnocha lo que te apetezca!

BASTIÁN.- (Se levanta.) ¿Y de qué manera? ¿Yendo al cine? Conforme, pero a las doce y media se acabó la película, aunque sea del imperio romano. ¿Al café? De acuerdo, pero a las tres menos cuarto empiezan a mirarte los camareros la bebida que tienes entre manos, con tanta impertinencia, que dan ganas de tirarla al suelo, y a las tres se presenta el comisario del distrito, que se lía a fundir los plomos del local y has de salir a tientas, si quieres como si no quieres.

INOCENCIO.- No te quejes, Bastián. Entre pitos y flautas son ya las tres y cuarto.

BASTIÁN.- Para un trasnochador, esa es una hora de risa. ¡Si mi padre levantara la cabeza...! Hasta hace unos años te quedaba el recursito de..., tú ya me entiendes, ¿verdad? (Se sienta de nuevo.)

INOCENCIO.- Pues no...

BASTIÁN.- Sí, INOCENCIO, sí. (Confidencialmente.) De lo que «El Séneca» llamaba las Casas Consistoriales. Te ibas de tertulia a una casa consistorial de esas y esperabas que amaneciese tan tranquilo. Pero se conoce que se dieron cuenta del enchufito, y no por lo que pudiera pasar en las tales casas, sino por lo de la horita, les echaron el pestillo y listo. Que se han convertido muchas en viviendas plurifamiliares, no te digo más.

INOCENCIO.- Bien, ¿y qué?

BASTIÁN.- Total, que lo único que queda abierto son los velatorios. Yo iba al de don Germán Artuña, para no tener que encerrarme en mi domicilio particular.

INOCENCIO.- ¿Es posible?

BASTIÁN.- Sí, Inocencio, sí. Con tal de no meterme en la cama como un doctrino, a una hora fija, yo estoy dispuesto a todo. (Heroico, subversivo.) Y hay miles como yo, dispuestos a lo que sea.

INOCENCIO.- Pues debes habituarte, Bastián, a los tiempos que corren. La noche va de capa caída. Ahora es el día lo que interesa y hay que aprovecharlo.

BASTIÁN.- Allá con sus gustos los demás.

INOCENCIO.- Bueno, pues al velatorio, y que te diviertas. Oye, ¿y cómo te enteras de dónde hay tajo?

BASTIÁN.- Me lo cuenta Paquito Vilches, que está en el «ABC» y lee las esquelas.

INOCENCIO.- Ah, claro...

BASTIÁN.- Si veo luz cuando salga, entraré a decirte adiós.

INOCENCIO.- Pienso dormirme en seguida...

BASTIÁN.- Tú siempre has sido un ciudadano muy disciplinado.

INOCENCIO.- (Transición.) En cuanto a lo otro..., conste que podría pagarte casi la mitad de lo que te debo, pero prefiero hacerlo de una vez. ¿No te parece?

BASTIÁN.- Claro, hombre, ni te preocupes.

INOCENCIO.- Adiós, Bastián.

BASTIÁN.- Adiós, Inocencio.

(INOCENCIO le acompaña hasta la puerta, de donde vuelve riendo para sus adentros las genialidades de BASTIÁN. El espectador deberá oír cómo se abre y cierra la puerta. INOCENCIO guarda en el aparador el vaso y la botella. Ya de nuevo instalado en su mesa, reanuda su trabajo, y pronto echa de menos algo, que reclama a GRACIELA.)

INOCENCIO.- Graciela, ¿dónde está la tinta roja?

GRACIELA.- La puse en el cajoncito de la cómoda.

(INOCENCIO va a la cómoda, busca y encuentra un tintero, con el que vuelve a instalarse en su camilla. Acaba apenas de hacerlo, cuando se percata de que algo extraño hay en la cómoda, a la que regresa con visible inquietud y en la que busca no se sabe qué, infructuosamente.)

INOCENCIO.- Graciela, ¿vinieron a cobrar el piso?

GRACIELA.- (Desde dentro.) No.

INOCENCIO.- Me faltan cuatrocientas pesetas. (GLORIA, por la izquierda, trae su novela en la mano.)

GLORIA.- ¿Qué te pasa?

INOCENCIO.- Yo guardaba aquí cuatrocientas pesetas y no las veo.

GLORIA.- Qué raro...

(Súbitamente.) ¿No te las habrá quitado tu amigo...?
INOCENCIO.- ¿Bastián? No, no. Yo no me he movido de la habitación.
GLORIA.- Eso, sí; recuerda que entraste a buscar el anís.
INOCENCIO.- Tienes razón, pero fue un segundo nada más. ¿Y es posible que en ese abrir y cerrar de ojos...? No, no... Y Bastián..., me sorprendería mucho. (A GRACIELA, que entra por la derecha, de bata, con el pelo suelto y poniéndose una crema en las manos.) ¿Tú crees que Bastián...?
GRACIELA.- Yo te he cogido las cuatrocientas pesetas.
INOCENCIO.- ¿Y para qué?
GRACIELA.- Para la corona de don Germán.

(GLORIA hace mutis, deseosa de inhibirse de la discusión, que a todas luces se avecina, y santiguándose escandalizada.)

INOCENCIO.- ¿Y qué corona es esa?
GRACIELA.- Una que le he mandado en, nombre de los dos.
INOCENCIO.- ¿Y te has gastado cuatrocientas pesetas?
GRACIELA.- No. Me he gastado setecientas cincuenta. El resto lo debemos. (Se sienta en la mecedora, mientras extiende la crema sobre las manos.)
INOCENCIO.- ¿Y lo dices tan tranquila?
GRACIELA.- ¿De qué manera quieres que te lo diga?
INOCENCIO.- Es inaudito. ¿Y a santo de qué teníamos que mandarle una coronita?
GRACIELA.- Porque a Germán Artuña, que en paz descansa, le debíamos muchas cosas. ¿O lo has olvidado?
INOCENCIO.- Claro que no, pero tampoco se trataba de mi padre ni del tío Domingo.
GRACIELA.- Perdóname que te diga que había hecho tanto por nosotros como si fuera cualquiera de los dos.
INOCENCIO.- Siempre tus exageraciones.
GRACIELA.- ¿No fue por don Germán, cuando le nombraron ministro, por lo que te ascendieron en el Banco?
INOCENCIO.- Sí fue por él; pero no creas que a mí me faltaban méritos para ello. El quizá lo adelantó unos meses, pero si no hubiera sido ministro, yo habría ascendido con mis propios medios.
GRACIELA.- ¿Fue o no fue don Germán quien te proporcionó este piso?
INOCENCIO.- Bueno, no es un palacio que digamos. Y claro que fue él quien me lo proporcionó, recomendándonos a sus sobrinos, que son los dueños; pero tampoco te imaginarás que, de no haberlo encontrado, íbamos a estar viviendo en una chabola. Tarde o temprano hubiéramos resuelto el problema, no te olvides que, justo en aquellos días, el tío Domingo nos tenía buscado un ático.
GRACIELA.- Por don Germán te dieron la administración del «Versalles»
INOCENCIO.- Cuidado, no te olvides que yo conocía de antiguo al dueño y que siempre había estado detrás de que me la diese. No te

niego que, acaso, Germán Artuña influyó mucho. Lo que sucede es que su intervención coincidió con el desfalco de su antiguo administrador, y entonces más vale llegar a tiempo que rondar un año: don Germán le telefoneó y listos.

GRACIELA.- Nunca nos ha faltado su coche para llevarnos a Alicante.

INOCENCIO.- De acuerdo; pero bien mirado, ¿qué es lo que le costaba prestárnoslo? Ya sabes que don Germán tiene, mejor dicho tenía, cuatro coches. Que desde esta tarde, por cierto, le sobran tres y mañana los cuatro. Y le bastaba con dar una orden al mecánico. Que la gasolina, dicho sea de paso, y esa era una buena tacañería de don Germán, me la pagaba yo de mi bolsillo, porque jamás tuvo el detalle de dejarme el depósito lleno. Muy al contrario, apenas salíamos de Madrid se paraba el coche en la primera estación de gasolina y ¡hale!, venga a sobarme la cartera y a darle de beber unos litros más, y lo mismo nos hubiese costado ir en el rápido.

GRACIELA.- (Se levanta.) ¿Negarás que todos los años se acordaba de nosotros en Navidades y nos mandaba un par de jamones, por lo menos, unas botellas de coñac y frutas escarchadas?

INOCENCIO.- A ti no se te ha ocurrido darte una vuelta por la casa de don Germán en los días de Navidad de sus años en el poder. A mí, sí; lo he hecho muchas veces. Y te aseguro que era un problema llegar desde el vestíbulo a su despacho. Cestas maravillosas, cargadas de jamones suficientes para engordar un colegio, de botellas para emborrachar la tripulación de un transatlántico, de frutas escarchadas para hacer las delicias de todos los conventos de monjas de Pamplona, ocupaban los pasillos de la casa de don Germán de derecha e izquierda... ¿Qué le costaba quitar de aquí y de allí y mandarnos a nosotros unos cuantos jamones; que a él, por cierto, ya sabes que se los tenían prohibidos, y unas cuantas botellas, que era abstemio y lo había sido siempre..., y unas frutas escarchadas, que le daban asco, porque, en realidad, las frutas escarchadas dan asco a casi todo el mundo, salvo a las monjas? Fíjate, en cambio, cómo no se le ocurrió jamás mandarme unas cajas de puros. ¿Y por qué? Porque, eso sí, don Germán fumaba como una chimenea, y con los regalos de Navidad llenaba su petaca seis meses.

GRACIELA.- Pero ¿qué obligación tenía de ser generoso con nosotros? ¿Qué era lo que nosotros habíamos hecho por él?

INOCENCIO.- Alto, alto, tú me parece que te has olvidado ya de cómo le conocí yo.

GRACIELA.- No me cuentes la historia una vez más. (Se sienta de nuevo en la mecedora.)

INOCENCIO.- Pues sí, porque eres muy especial y quitas importancia a las cosas que las tienen... Don Germán estaba con una avería de automóvil a veinte kilómetros de Villacastín, se le había roto el árbol del delco, nada más que eso, para que te enteres, y yo, que había ido allí dando un paseo en bicicleta, fui a avisar al mecánico del pueblo y lo traje para que le arreglara el coche. Y gracias a eso, don Germán llegó a tiempo a Madrid. El, que se daba mucho más cuenta que tú de la importancia del favor que yo le hice, me lo

repitió cien veces: «Inocencio querido. Si no hubiese sido por usted aquella tarde me quedo sin firmar la escritura, y si no la hubiese firmado, a lo mejor el comprador se hubiese vuelto atrás y yo no hubiese vendido la finca, y si no vendo la finca no hubiese podido comprar las hidroeléctricas, y si no hubiese comprado las hidroeléctricas no me hubiesen nombrado presidente, y si no me hubiesen nombrado presidente no hubiese sido ministro nunca. De donde se deduce que soy ministro gracias a que usted pedaleó como un león y me resolvió el problema». Don Germán, esto es indudable, me protegió, nos protegió siempre, durante toda su vida muy simpáticamente, porque él era así, campechano, efusivo; pero los cuarenta kilómetros en bicicleta, bajo, un sol de justicia, esos no me los quita a mí nadie.

GRACIELA.- Después dicen que el ciclismo está mal pagado.

INOCENCIO.- De hecho, don Germán y yo no nos debíamos nada el uno al otro. (INOCENCIO, que había mantenido casi todo este diálogo en pie, se sienta junto a la mesa-camilla.)

GRACIELA.- Don Germán era un hombre mucho mejor de lo que tú supones. Él tenía la elegancia de presentarse siempre ante ti como si fuera un deudor tuyo, pero en el fondo había una enorme diferencia entre el servicio, que le prestaste tú y el que nos prestó a nosotros durante muchos años.

INOCENCIO.- Porque él podía y yo no. El andaba en la altura y yo; por los suelos. Lo cual hace especialmente ridículo el detalle de la coronita. O sea que hemos cometido una bobada. Y todo por tu eterna manía de grandeza. Lo de la corona no es ciertamente el primer caso. Aún me acuerdo de lo de los regalos de boda.

GRACIELA.- ¿De qué me hablas?

INOCENCIO.- Nunca te lo dije, para que veas, pero lo adiviné en seguida. Lo que no supe al principio es cómo te habías proporcionado las tarjetas.

GRACIELA.- ¿Qué tarjetas?

INOCENCIO.- Las de los embajadores de Francia, pero pronto descubrí el truco: tú les enviabas una tuya felicitándoles por cualquier cosa, para que picasen, y ellos te contestaban con otra. Y esa tarjeta la pusiste en este cenicero que te habías comprado en una platería de Cáceres y presumiste ante todo Almendralejo de que te lo mandaban los embajadores. Lo que he dicho: fatuidad, manía de grandezas.

GRACIELA.- En el supuesto de que las hubiese tenido, quince años... de casada te aseguro que habrían servido para curármelas.

INOCENCIO.- ¿Qué me vas a reprochar? ¿Mi sueldo escaso? ¿El que no ascienda? ¿El que los precios de los escaparates suban mucho más de prisa que yo en el escalafón?

GRACIELA.- Tu espíritu es el que no asciende ni ascenderá nunca. Siempre estás encogido, atemorizado.

INOCENCIO.- Al Cid Campeador me gustaría verle teniendo que vivir con mi sueldo.

GRACIELA.- Tú sabes bien que yo tenía un dinero de mamá.

INOCENCIO.- Pero ¿qué dinero crees que te dejó tu madre? Porque es

que parece que hubieras heredado millones.

GRACIELA.- Mamá tenía un buen pasara.

INOCENCIO.- Un buen pasar en el año mil novecientos veintisiete, que no sirve hoy para pasar por ningún sitio. Tu madre tenía, exactamente, un poquito de papel del Estado, unas cédulas hipotecarias y otras garambainas parecidas, con las que ahora no hay ni para el Metro. Y tú te imaginas que ese dinero puede compensarme de un sueldo reducido.

GRACIELA.- Puede suplementarlo; qué no es lo mismo.

INOCENCIO.- Parece que no te has enterado de que con el suplemento de tu tita, comiendo y cenando en casa todo ese verano...

GRACIELA.- Estaba segura de que me lo restregarías por las narices. ¿Y Gloria? ¿Qué me cuentas de tu hermana Gloria?

INOCENCIO.- ¡Paga!

GRACIELA.- Los cien duros mal contados de su orfandad.

INOCENCIO.- Pero paga. (Baja la voz.) Y si en mi mano estuviera, ahora mismo saldría de aquí con viento fresco. ¡Y sigo! Con el suplemento de los dos puentes que te hiciste en el dentista por pura presunción, que maldito para lo que los necesitabas...

GRACIELA.- ¿Eres capaz de reprochármelo?

INOCENCIO.- Pues, sí, porque fue un gasto suntuario. No los necesitabas para comer. ¿Me entiendes? Los necesitabas para sonreír únicamente, y era suntuario también por eso, porque apenas si sonrías.

GRACIELA.- Continúa.

INOCENCIO.- Con el suplemento de las dos butacas de «El Barbero de Sevilla»...

GRACIELA.- De entresuelo.

INOCENCIO.- Sí, pero butacas.

GRACIELA.- Pues sí, me gusta oír cantar. Era la primera ocasión que tenía de oír «El Barbero de Sevilla», desde hace mucho tiempo.

¿También me lo vas a echar en cara?

INOCENCIO.- Lo que te reprocho es lo de las butacas. Se hubiese oído igual en delantera de anfiteatro.

GRACIELA.- Te entiendo. Tú eres de los que dicen que se oye, igual desde delantera de anfiteatro que desde butacas; que la sidra es como el champán, y que en la cama del tren no se duerme, y por tanto, da lo mismo ir en primera que en segunda; que hay que pasar los veranos en un pueblo de mala muerte porque son tranquilos y conviene descansar. ¿Qué habrá que fatigue tanto como aburrirse? (Se sienta junto a la mesa-camilla.)

INOCENCIO.- Calla, Graciela, y déjame resumirte... Esos suplementos de que te hablo han hecho polvo los valores que te dejó tu madre, incluidas las diez acciones de Explosivos, que tan maravillosamente iban, dicho sea de paso, con su temperamento. Total, que, después de esos pequeños lujos, nos hemos quedado reducidos a lo que yo gano exclusivamente. Y en esa situación, tú, de pronto, sin encomendarte ni a Dios ni al diablo metes mano en la cómoda, que la culpa es mía por tenerla abierta, y, ¡hale!, una corona para don Germán, que se ha muerto y hay que quedar bien con la familia. Y al marido, que es

el que ha de sacudirse la pasta, a ese, ni se le consulta siquiera.

GRACIELA.- De sobra sé que me lo hubieras prohibido.

INOCENCIO.- Ya lo creo. Da por seguro, también que don Germán nunca hubiera hecho por nosotros un sacrificio comparable al que acabamos de hacer por él.

GRACIELA.- ¡Qué barbaridad! Ni que nos hubiéramos quitado el pan.

INOCENCIO.- Nos hubieran permitido poner cristales en la ventana de la despensa que está con cartones como durante la guerra, ver alguna película en los cines de estreno, para que no, me las contase Juanito, el de la Cartera de Valores, que va con las entradas de la Dirección de Seguridad; tomar algún taxi, que te enajenan, y arreglar el calentador del baño, que no hay quien se meta en el agua, de fría que está, a partir de octubre. Cualquiera de esas cosas, o varias a la vez, hubiéramos podido hacer con ese dinero, y nos lo hemos ido a gastar en una corona, que, a lo mejor, resulta, para mayor inri, que es la única que le mandan a don Germán.

GRACIELA.- Vamos...

INOCENCIO.- Sí, sí. Don Germán dejó de ser ministro hace seis años, y, por añadidura, no era difícil que volviera a serlo. La gente sabe muy bien lo que se hace, y la casa y el propio don Germán no eran ahora ni la cuarta parte de lo que fueron. Es probable que nuestra corona, sea la única, porque debo decirte que ya no se usan apenas, que sólo se las envían a las actrices que mueren jóvenes y a los toreros.

GRACIELA.- ¿Y qué otra manera más delicada existe para unirse a la pena de una familia, cuando alguien se muere, que la de mandarle una corona?

INOCENCIO.- Si se tiene dinero, tal vez; pero si no se tiene, unas frases bien dichas, una visita más larga de lo acostumbrado, unas lagrimitas a punto ahorran las coronas y hasta el tener que echarse al colete unos funerales a base de Perossi. Los que andamos siempre a puñetazos con las pesetas debemos sustituir con recursos, justamente, la falta de recursos.

GRACIELA.- Y en el caso de don Germán, ¿de qué manera crees tú que hubiésemos podido sustituir la corona? Aunque ya te conozco y sé que por ahorrar dinero y quedar bien con la gente eres capaz de imponerme a mí cualquier sacrificio.

INOCENCIO.- ¿A qué te refieres?

GRACIELA.- A mil cosas, y alguna de este estilo, dicho sea de paso. Por cumplir con tu jefe en el Banco; me obligaste a que amortajara a su madre, que era un montón de huesos y se nos caía a la monja y a mí y escalofriaba verla. «Me conviene estar a buenas con don Vicente, Graciela.» Y para que tú estuvieses a buenas con don Vicente, me quedé yo sin dormir dos semanas. (INOCENCIO se ríe.) ¿De qué te ríes?

INOCENCIO.- De eso..., de tu miedo. (Reacciona.) Pues mira, estoy seguro de que la media paga de marzo me la dieron por lo de la mortaja.

GRACIELA.- (Seca.) Para ti lo de la corona es un gasto a fondo perdido, ¿verdad? Para mí, no. Yo me sentiré muy orgullosa de que

nadie pueda llamarme desagradecida.

INOCENCIO.- Desagradecida, no. ¡Yo te llamaré Paca!

GRACIELA.- ¡Te lo prohíbo!

INOCENCIO.- Todos los disparates que cometes tienen un origen: que te has creído lo de Graciela. (Se levanta y va hacia ella.)

GRACIELA.- No te aguanto que me insultes.

INOCENCIO.- Graciela es un nombre aristocrático, de novelas de vizcondes, de puestas de largo, de damas de honor. Una broma pesada que te gastaron tus padres, el capitán de cuchara y la boticaria de Almendralejo, que debían de tener mucho humo en la cabeza. Y tú te has creído que ese nombre te obliga a andar como una reina, y para que pises en la realidad conviene que, de cuando en cuando, te llame Paca, que es lo que eres, o sea la mujer de un empleado de la contabilidad del Banco, con diez mil pesetas catorce veces al año, sin puntos ni historias, con derecho a veinte días de vacaciones en agosto, que las pasamos en Rosales, con un traje nuevo cada tres años y un solo plato todos los días y un solo cine cada semana, y mucho Metro y muchas medias suelas y muchos zurcidos y mucha podre y ninguna Graciela, solamente Paca, Paca, Paca...

GRACIELA.- ¡Grosero! (Y hace mutis airadamente por la derecha.)

INOCENCIO.- Si me valiera.... (La amenaza al aire. Se oye a GRACIELA dar un portazo. INOCENCIO, tras un segundo de duda, se encoge de hombros y se vuelve a sus tareas. Pausa. GLORIA reaparece por la izquierda.) ¿Por qué no te duermes, de una vez?

GLORIA.- Con esos gritos, no es fácil.

INOCENCIO.- Pues a ver si me dejáis trabajar, que buena falta me hace.

GLORIA.- No, si ahora resultará que soy yo quien te lo impide. Lo que es por mí, trabaja cuanto te apetezca. (Se acerca a él.) Pero parece mentira que seas lo atontolinado que eres.

INOCENCIO.- ¿A qué viene esa majadería?

GLORIA.- ¿Es que todavía no te enteraste de por qué le ha comprado la corona a don Germán? ¿Ni lo sospechas?

INOCENCIO.- No. ¿Por qué?

GLORIA.- Entonces lo de atontolinado es poco. ¿Tú nunca has pensado que Graciela y don Germán..., años atrás..., se entendieron?

INOCENCIO.- ¿Qué disparate es ese?

GLORIA.- Una verdad como un templo. Tú estás en la Luna. ¿Te fijaste qué cara tiene? Si parece ella la muerta. ¿Y sabes lo que hace? Llorar, llorar como una loca.

INOCENCIO.- ¡Bah!, tú siempre la has mirado con malos ojos. El que te quitase el mando al casarse conmigo y te convirtiese en pensionista, a ti que habías sido la dueña, te sentó como un tiro.

GLORIA.- ¡Falso!

INOCENCIO.- Sí, Gloria, sí. Es tan humano que ni te lo reprocho. Te habías acostumbrado a mi soltería y te irritaba que otra persona apareciese en mi vida.

GLORIA.- Eres injusto. ¿Qué quiero yo sino tu felicidad? Si para mí has sido más que mi hermano, mi hijo. Graciela no fue tu primera novia, y tú sabes lo bien que me cayeron algunas de las anteriores.

Felisa, por ejemplo, que te convenía bastante más y que anda por ahí, hecha una señora. Si con Graciela reaccioné de distinto modo es porque siempre se las ha dado de finústica, y eso me cargaba mucho, porque siempre ha aparentado aires de desterrada y parecía hacerte un favor viviendo en este piso, como si estuviera acostumbrada a palacios y a tener duquesas por amigas y mayordomos ingleses.

INOCENCIO.- Bueno, bueno...

GLORIA.- Ya sé que te has dejado influir por ella, que cree que soy una mujer amargada por no tener un hombre al lado. También se puede estar a gusto en la vida sin casarse. Graciela nunca me gustó, eso es verdad, pero yo no levanto falsos testimonios a nadie. Vosotros hace mucho que os lleváis como el perro y el gato. Tu mujercita era conquista fácil para quien le dijese cuatro cosas, y seguramente don Germán se las dijo.

INOCENCIO.- ¡Historias!

GLORIA.- Vaya, puesto que te empeñas en tirarme de la lengua. ¿Por qué no le hablas de esto a Eugenia?

INOCENCIO.- ¿A la asistenta?

GLORIA.- Justo, a la misma... Si aprietas un poquito, me juego lo que quieras a que te contará cosas muy interesantes. Alguna se le escapó hoy hablando conmigo.

INOCENCIO.- ¿Qué dices?

GLORIA.- No me falla el sexto sentido. Yo sé bien por dónde voy.

INOCENCIO.- (Intenta ir hacia la puerta.) Hay un camino más directo: preguntárselo a Graciela.

GLORIA.- No, hombre, no. Ármate de pruebas antes de nada. Y no te impacientes. Han pasado muchos años, don Germán ya debe preocuparte poco y, al fin y al cabo, Eugenia vendrá a las nueve a hacer la limpieza.

(INOCENCIO y GLORIA se miran un momento en silencio.)

VOZ.- ¡Serenos! ¡Al ocho!

SERENO.- ¡Va...!

(Baja rápidamente el TELÓN Puesto que en modo alguno se hará entreacto, el TELÓN vuelve a alzarse inmediatamente para el...)

Acto II

Han pasado algunas horas. Un reloj da las nueve. La escena está a oscuras. Suena dentro el timbre de la puerta. Al cabo de unos

instantes llega GLORIA por la izquierda. Viste la bata del acto anterior y aparece abrochándose y con el aire de despertarse en ese momento. Hace mutis por el foro.

GLORIA.- (Desde dentro.) ¿Qué desea?

MANOLO.- Soy el encargado de La Primavera.

GLORIA.- Espere un instante. (Reaparece. Abre las ventanas; por ellas entra a torrentes el sol mañanero. Mutis por la derecha. La escena queda vacía unos segundos. Desde dentro.) Ahí está el encargado de La Primavera.

(GLORIA entra con INOCENCIO, que termina de arreglarse y viene poniéndose la corbata.)

INOCENCIO.- ¿Quién dice que es?

GLORIA.- El encargado de La Primavera.

INOCENCIO.- ¿Y qué es eso de La Primavera?

GLORIA.- La tienda de flores de la esquina.

INOCENCIO.- Que entre, a ver qué tripa se le ha roto.

GLORIA.- Por cierto, que ya podía haber abierto Graciela, que no le hubiera pasado nada.

INOCENCIO.- ¿Graciela abrir?... (Se mira al espejo que hay sobre la cómoda.) Se nota que no la conoces. Esto aparte, la vi levantarse muy temprano.

GLORIA.- Se habrá ido a casa de don Germán. El último encuentro...

INOCENCIO.- ¡Ya está bien, Gloria! (Transición.) ¿Y la asistenta?

GLORIA.- No llegó aún. Hoy es domingo, no lo olvides, pero poco tardará, supongo. (Y hace mutis por el foro. Regresa enseguida acompañada de MANOLO, el encargado de la tienda de flores. Viste modestamente.) Pase.

MANOLO.- Buenos días.

(GLORIA, que ha entrado detrás de MANOLO, hace mutis por la izquierda.)

INOCENCIO.- Buenos días.

MANOLO.- Yo soy el de La Primavera, la tienda de flores en la que ustedes encargaron la corona para don Germán Artuña, que en paz descansa.

INOCENCIO.- Que encargamos no, que encargó mi mujer.

MANOLO.- Por cierto, no sabía que tuviesen teléfono. Les hubiese ahorrado la visita, de haberlo sabido.

INOCENCIO.- ¿Y qué desea? Se le ha dejado a deber una cantidad. ¿Cobrarla?

MANOLO.- Hombre, eso desde luego; pero si hoy no le es cómodo, cualquier día le pasaré la factura por el piquito que queda. Lo que me trae aquí es otra cosa.

INOCENCIO.- Usted dirá.

MANOLO.- Que en la casa del señor Artuña que, vuelvo a repetirlo, en paz descansa, no admiten coronas.

INOCENCIO.- ¡Ah!, ¿no?

MANOLO.- No. Hace una hora llevaron la suya y tuvieron que volverse con ella porque la familia la rechazó.

INOCENCIO.- (Con una alegría manifiesta.) Pues, mire, no se preocupe. Si no las admiten, nosotros hemos cumplido mandándole la nuestra.

MANOLO.- Lo malo es que la corona estaba hecha ya, como es lógico.

INOCENCIO.- Sí, me doy cuenta. Pero, si esa es la actitud de la familia, respetémosla. Hay quienes, en efecto, se niegan a recibir coronas y flores, hay quienes no anuncian la hora del entierro, hay quienes encargan gregorianas y quienes rosarios. Las últimas voluntades suelen ser tan caprichosas como las primeras.

MANOLO.- ¿Qué me va usted a decir a mí? Yo tengo mi experiencia de varios años. Lo que le pregunto es: ¿qué hacemos con la corona?

INOCENCIO.- Pues... darla por no encargada.

MANOLO.- Eso no es posible, caballero. La corona lleva seis docenas de dalias, varias ramas de laurel, unas cintas negras de seda y una dedicatoria en letras de purpurina que dice: «A nuestro inolvidable don Germán, de Graciela e Inocencio»; que, por cierto, hubo que rehacerla porque el muchacho puso «Graciela y Inocencio», y aquello me pareció a mí que sonaba mal y cambiamos la y por la e, que es lo que corresponde, ¿no?

INOCENCIO.- Posiblemente.

MANOLO.- La corona la tenemos en la tienda para lo que gusten disponer. Porque si la familia del señor Artuña, en uso de su perfecto derecho, no admite coronas, nosotros, en el uso del nuestro, no admitimos devoluciones.

INOCENCIO.- Hombre, si resulta que su familia ha decidido rechazarlas todas, ¿cómo vamos a exigirle que acepte la nuestra?

MANOLO.- Eso no es cosa mía.

INOCENCIO.- Entonces; ¿qué es lo que usted pretende? ¿Que se la pague como si se la llevase al otro mundo?

MANOLO.- Ya le he dicho que no le apremio, pero que cualquier día le pasaré el resto de la factura. En cuanto a la corona, como es lógico, se la mandaremos donde usted nos diga.

INOCENCIO.- ¿Cree qué yo tengo muertos suplentes? Usted será el que pueda utilizar las flores para bodas o bautizos, o primeras comuniones.

(GLORIA que ha entrado por la izquierda, sigue en silencio el resto de la escena con la natural curiosidad.)

MANOLO.- Se equivoca. A estas alturas no es posible. En consecuencia ha de abonarla exactamente igual que si la hubiesen admitido en casa del difunto; pero, en fin, para que no crea que le

pongo un puñal en el cuello... ¿Quiere leer esos nombres? (Le entrega un pedazo de papel.)

INOCENCIO.- (Lee.) Don Rufino Ardid Menéndez. Don Jesús Moreno Valdivieso. Doña Engracia Ruiz de Topete. Don Pedro Abarca Gomendio... ¿Quiénes son estos señores?

MANOLO.- (Ambiguamente.) Vienen en los periódicos de hoy. ¿No conocía usted a ninguno?

INOCENCIO.- NO.

MANOLO.- Y a Emilio Porta Gracia, ¿tampoco le conocía usted?

INOCENCIO.- ¿A quién? ¿Al escritor?

MANOLO.- Claro...

INOCENCIO.- De oídas, sí...

MANOLO.- Podía usted asociarse al duelo... Creo que era un escritor buenísimo.

INOCENCIO.- Yo no tengo por qué gastarme mi dinero en coronas ni para el señor Porta Gracia, ni para don Ramón de Campoamor. ¿Está claro?

MANOLO.- El cambio de nombre en las cintas estaría dispuesto a hacérselo gratis.

INOCENCIO.- Óigame, bromitas no, y menos tan macabras. Incluya usted todo en el capítulo de partidas fallidas.

MANOLO.- Se equivoca. Me lo pagará hasta el último céntimo.

INOCENCIO.- Le digo a usted que no.

MANOLO.- Le digo a usted que sí, y por añadidura haré que le manden la corona.

INOCENCIO.- Daré con la puerta en las narices a quien la traiga.

MANOLO.- Se la dejaré en el descansillo o se la echaré por la ventana, y tome nota: me iré al juzgado.

INOCENCIO.- Me sale por una friolera.

MANOLO.- Eso se lo dirá al juez. Y usted lo pase bien.

INOCENCIO.- ¡Vaya usted, al demonio! (MANOLO hace mutis por el foro.) ¿Qué te parece? ¿Por quién me habrá tomado ese chulo?

(GLORIA vuelve por la izquierda. Trae una taza de café que sirve a INOCENCIO.)

GLORIA.- ¿No admite coronas la familia?...

INOCENCIO.- Pues no...

GLORIA.- (Se sienta en la mecedora.) Eh, menos sofoquinas; hombre...

(INOCENCIO se asoma al balcón. En este instante la asistenta entra por el foro. Es una mujer humildemente vestida.)

EUGENIA.- Buenos días.

INOCENCIO.- (Se vuelve rápido. Quizá pensó en que pudiera ser, todavía, el dependiente. Transición.) Ah, buenos días, Eugenia.

(EUGENIA inicia el mutis por la derecha, poniéndose un delantal.

Otra vez agresiva.) ¡Un momento! He de hablarla.

GLORIA.- ¿Me necesitas para algo?

INOCENCIO.- Para nada, Eugenia.

GLORIA.- (Se acerca. Le examina inquisidoramente.) Tú dirás lo que quieras, pero has dado un bajón en los últimos meses... que te lo notan hasta los niños de pecho.

INOCENCIO.- (Furioso.) ¡Mejor!

GLORIA.- Bien, hombre, bien... Vuélvete contra los que te quieren; ya verás como te luce el pelo.

(Mutis par la derecha.)

INOCENCIO.- Eugenia... Eugenia, yo tengo la impresión de que usted sabe algunas cosas de mi señora, y de alguien más... (EUGENIA le mira, asombrada.) que ha pasado a mejor vida ayer tarde.

EUGENIA.- No le entiendo.

INOCENCIO.- Le estoy hablando de don Germán Artuña. Le conocía usted, ¿no?

EUGENIA.- Claro que sí, ¡pobre! En paz descanse.

INOCENCIO.- Ya nos ocuparemos de su descanso más tarde. Ahora, de momento, le exijo que me diga cuanto sepa usted de mi señora y de don Germán Artuña. (La ataja.) No de cada uno por separado, sino de los dos juntos.

EUGENIA.- ¿Y qué quiere que le diga?

INOCENCIO.- ¿Qué hubo entre ellos?

EUGENIA.- ¿Y qué es lo que hubo?

INOCENCIO.- Eso es usted la que me lo tiene que decir a mí y no yo a usted.

EUGENIA.- ¡Ay Dios, yo no sé nada! Don Germán venía por aquí, hablaba con la señora y eso es todo.

INOCENCIO.- ¿En esta casa?

EUGENIA.- Sí.

INOCENCIO.- ¿Y cuándo?

EUGENIA.- Pues... algunas veces, por las tardes. Hace ya años.

INOCENCIO.- ¿Y a usted no le sorprendía?

EUGENIA.- No. ¡Era tan sencillo y tan cariñoso con todo el mundo...!

INOCENCIO.- Bien. ¿Y qué tiempo se quedaba?

EUGENIA.- Pues tampoco lo sé. La señora solía mandarme a que comprara pastas y jerez.

INOCENCIO.- ¡Entonces usted los dejaba solos!

EUGENIA.- Sí, claro.

INOCENCIO.- ¿Nunca sospechó que se entendieran?

EUGENIA.- ¡Qué disparate!

INOCENCIO.- ¿Por qué? ¿Porque don Germán era un viejo?

EUGENIA.- No. No hay viejos, todos son iguales. Los años cambian muy poquito a los hombres, y hasta que les llega la última hora les gusta poner la mano donde les dejan.

INOCENCIO.- ¿Qué quiere decir con eso? ¿Que según usted don Germán estaba a la que saltase?

EUGENIA.- Quizá...

INOCENCIO.- (Se levanta airadamente.) Y mi señora, ¿saltó o no?

EUGENIA.- Don Inocencio: la señora es muy como se debe ser.

INOCENCIO.- Hasta cierto punto, Eugenia. Porque yo de esos guateques que se daban los dos mano a mano, nunca supe ni una palabra. Y si mi señora fuese tan como se debe ser algo me habría contado, ¿no es así? Pero no, se lo callaba la muy...

EUGENIA.- Cierre esa boca, don Inocencio, que no merece la señora que usted la maltrate.

INOCENCIO.- ¿Por qué no? Si todas son iguales. Uno, venga a sacrificarse y a trabajar para pagarles la entrada del cine, el Metro y los cuatro garbanzos y las blusas a la moda, y el abrigo cada dos o tres años... Y ella atiborrándose de pastas con don Germán apenas me marchaba yo por esa puerta.

EUGENIA.- Don Inocencio, yo no digo que no las hayan tomado juntos, porque es evidente que sí, pero juraría que fuera de eso no ha habido nada. Y lo de las pastas no es para ponerse en el disparadero.

INOCENCIO.- Usted, claro, del lado de ella. ¿Por qué toma partido? Conteste a lo que se le pregunta, sin más. Por ejemplo: ¿a usted no le extrañaba que no hubiese nada de beber ni de comer cuando llegaba don Germán y que siempre fuese preciso comprarlo fuera?

EUGENIA.- Normalmente, en las casas donde yo voy, siempre hay lo justo.

INOCENCIO.- ¿Quién abría la puerta a don Germán?

EUGENIA.- No sé. No recuerdo. Alguna vez, quizá, la señora.

INOCENCIO.- Alguna vez, no. Todas. ¿Sabe usted por qué? Porque don Germán no llegaba súbitamente, sin avisar, sino después de ponerse de acuerdo, de citarse. ¿Seré estúpido? Si él fue quien nos consiguió el teléfono... Naturalmente, el teléfono tiene la culpa de que escaseen tanto las mujeres honradas. (Vuelve a sentarse en la mecedora.) Por eso, aquí, venía siempre a tiro hecho, después de haber convenido con ella el día y la hora, y por eso le abría siempre la puerta, que le gustaba muy poco hacerlo. Para eso está la criada, si la hay, y si no, el marido. Ahora, cuando don Germán le decía: «Chata, iré a las siete», salía a abrirle despendolada. Y cuando volvía con la merienda, ¿cómo se los encontraba?

EUGENIA.- Pues de lo más normal. Él, sentado ahí en esa mecedora, en la que está usted. (INOCENCIO se levanta fulminantemente.) Y ella...

INOCENCIO.- Si, ¿ella dónde?

EUGENIA.- Ella era la que me abría.

INOCENCIO.- Dígame la fecha exacta del último banquete, que sirvió en esta casa.

EUGENIA.- Huy... hace muchísimo.

INOCENCIO.- (Rezonga.) No hay viejos para usted... Pues yo le aseguro que don Germán estaba hecho un carcamal desde que le pusieron dentadura postiza. Un día que le encontré en la calle, se le salió al saludarme. Y a mí me dio pena y hasta se lo conté a mi señora. «A don Germán -le dije- con esto de los dientes se le han echado veinte años encima.» ¡Seré imbécil! Yo entristeciéndome porque se volvía viejo. Pues mira si llega a ser un poco más joven.

Me pone en ridículo en todo el barrio.

EUGENIA.- ¡Señorito!...

INOCENCIO.- Y a propósito, ¿qué otras personas estaban al corriente de todo esto?

EUGENIA.- ¿De qué, don Inocencio?

INOCENCIO.- ¡Del lío!

EUGENIA.- No sé..., pregúntele a la señora Ignacia.

INOCENCIO.- Ah, claro a la, portera. No había caído antes.

Avísela. Hale, de prisa. (Y la empuja por el foro.)

GLORIA.- (Por la derecha, invitándole a la confidencia.) ¿Qué?

INOCENCIO.- Es evidente que don Germán vino alguna vez a mi casa y eso es extraño. Pero si hubiera pasado algo, ¿tú crees que iba a haber sido aquí, justamente, en donde yo podía presentarme cuando menos, me esperasen?

GLORIA.- ¡Cualquiera sabe! Yo, por de pronto, he hecho una cosa fea, pero útil.

INOCENCIO.- ¿Qué has hecho?

GLORIA.- Registrar un poquito.

INOCENCIO.- ¿Y qué has encontrado?

GLORIA.- Una caja llena de recortes de periódicos con declaraciones de don Germán. (Se la entrega.)

INOCENCIO.- Las que hacía a la Prensa me importan muy poco. Las que me preocupan son las que hacía a mi mujer.

GLORIA.- Discursos, conferencias...

INOCENCIO.- ¿De qué fecha?

GLORIA.- Aquí tienes la fajas de mil novecientos cincuenta y cuatro, primer semestre. Voy a seguir buscando. Ya verás cómo salen más cosas.

(Y se va por la derecha; entra EUGENIA por el foro.)

INOCENCIO.- (Se levanta.) ¿Dónde está la señora Ignacia?

EUGENIA.- Iba a casa de don Germán...

INOCENCIO.- ¡Qué tenorio!

EUGENIA.- Pero viene en seguida.

INOCENCIO.- Ochenta duros le doy a usted ahora mismo, si me lo cuenta todo.

EUGENIA.- Ni por ochenta, ni por ochenta mil. No sé más de lo que le he dicho.

INOCENCIO.- Vaya. Ochocientas pesetas que no son una broma, si me dice con puntos y comas lo que hubo entre mi señora y don Germán.

EUGENIA.- Le aseguro, don Inocencio, que yo...

(GRACIELA por el foro. Con traje oscuro, velo, ojeras y libro de misa.)

GRACIELA.- ¿Por qué vas a gastar ese dinero, tú que tanto lo regateas? Yo te lo contaré y gratis.

INOCENCIO.- (Ahuyenta a EUGENIA, que se va por la izquierda con un chasquido de dedos.) Bien ¿qué fue lo que hubo entre ese ilustre personaje y tú?

GRACIELA.- Yo fui hacia él sencillamente, sin dudarle un segundo, como si llevase esperándolo mucho tiempo y fuese natural que lo encontrase.

INOCENCIO.- ¿Y cómo hay que entender eso de que lo encontraste?

GRACIELA.- Como te apetezca. (Deja el libro en el mueblecito de la derecha.)

INOCENCIO.- No, no. Así, no. Precisa un poco, encanto. Por de pronto, uno de los sitios en que os encontrabais era éste, ¿no?

GRACIELA.- Tal vez, al principio...

INOCENCIO.- ¡Ah!; aquí nació el idilio... Entre estas verdes persianas y estas macetas con fundas de papel y este aparador de nogalina...

¡Qué ambiente tan poético! Aquí, cambiasteis las primeras palabras de amor, mientras tomabais unas copas de vino español, como en los cachupines del Ayuntamiento. (Sarcástico.) ¿A qué otros escenarios volaron después vuestras almas?

GRACIELA.- Iba a escucharle cuando hablaba en público, cuando daba conferencias y presidía reuniones y asambleas.

INOCENCIO.- ¿Y qué hacías allí?

GRACIELA.- Yo era la persona en la que él apoyaba sus miradas, aquella por la que quería estar brillante y ser aplaudido, a la que él sonreía sin que nadie lo supiese, cuando entraba y cuando salía, entre los ordenanzas y los fotógrafos.

INOCENCIO.- ¿Quieres convencerme de que todo era un juego de miraditas inocentes?

GRACIELA.- Por mi parte era un amor inmenso.

INOCENCIO.- Déjate de vaguedades. ¿Consumado o no? Eso es lo que interesa.

GRACIELA.- Tal vez supongas que va mucha diferencia de una cosa a otra.

INOCENCIO.- Claro, alguna sí...

GRACIELA.- Te equivocas. Hay, una frontera entre un hombre y una mujer, que puede pasarse o no, pero que importa poco la forma en que se pase. Tú eres muy pequeño. Y si te dijese que había sido suya, no te quedarías tranquilo hasta saber cuántas veces, como esos curas que confiesan a los niños.

INOCENCIO.- Basta de majaderías. ¿Fuiste suya o no?

GRACIELA.- Sí...

INOCENCIO.- ¿Lo fuiste de verdad? (Va hacia ella.) No, no fuiste suya.

GRACIELA.- Crees, que no lo fui, no porque tengas fe en mí, sino porque me juzgas incapaz de haberme rebelado contra ti. Me consideras tan tuya como los muebles de tu casa, como tu paga del mes, y el que haya sido de otro lo miras, no como una traición, sino como una estafa.

INOCENCIO.- No has sido suya...

GRACIELA.- ¿En qué te fundas para asegurarlo?

INOCENCIO.- Te faltan arrestos...

GRACIELA.- (Serenamente.) Pues te equivocas, fui suya.

INOCENCIO.- ¡Ah, sí! ¿Me engañaste?

GRACIELA.- Tú eres, en realidad, el que me había engañado a mí.

INOCENCIO.- ¿Yo?

GRACIELA.- Sí, tú, que eres lo contrario de lo que yo soñaba que hubieses sido.

INOCENCIO.- ¿Y qué tengo yo que ver con tus sueños?

GRACIELA.- Tú los hiciste nacer y tú los enterraste.

INOCENCIO.- ¿No decías que estabas enamorada?

GRACIELA.- Y lo estuve. Sí, fui una novia enamorada, deslumbrada.

Imbécil de mí... ¿Y sabes por qué? Porque eras alto.

INOCENCIO.- ¿Sólo por eso?

GRACIELA.- Sí. Estaba en esa edad estúpida en la que un genio, un ángel, un millonario, habrían quedado fuera de mi corazón si hubiesen sido bajos. Solo siendo alto y guapo era posible acercárseme.

INOCENCIO.- ¡Vaya! Era guapo también.

GRACIELA.- Pero no hay nada más inútil, más inservible que el hombre guapo cuando deja de serlo.

INOCENCIO.- (Como si se burlase de sí mismo.) ¿Ya no lo soy?

GRACIELA.- Me cuesta trabajo pensar que lo has sido alguna vez.

INOCENCIO.- No me hagas ser cruel. No quiero recordar la distancia que hay entre la Graciela que eres y la que yo conocí bailando en el Casino de Almendralejo. El tiempo pasa para todos, y tú tienes de aquella belleza, de pueblo, pero belleza, muy poco más del nombre, que es lo que me gustaría que hubieses perdido. Yo soy un hombre feo. Lo lamento.

GRACIELA.- Si vieses qué poco se nota y lo fácilmente que se perdona al hombre que se quiere, que el tiempo lo engorde o lo enflaquezca, o le encanezca el pelo... Siempre y cuando ese hombre sea tierno y fuerte y delicado.

INOCENCIO.- ¿Yo no era ninguna de esas cosas?

GRACIELA.- Tierno, jamás; fuerte... ¡Bah!... Indelicado lo fuiste desde la noche de bodas.

INOCENCIO.- (Irónico. Enciende un cigarrillo.) Caramba.

GRACIELA.- De esa noche guardo únicamente la imagen de un hombre que anda arrastrando los tirantes por la habitación de un hotel, que se ha quitado los zapatos y las ligas y lleva caídos sobre los pies unos calcetines negros, de difunto, con los que se meterá en la cama porque, según él, hacía un frío pelón»...

INOCENCIO.- Toma, y era verdad.

GRACIELA.- Y al que veo salir del baño con una horrible camiseta amarilla...

INOCENCIO.- ¡Anda ya! ¿Y qué le pasa a la camiseta? ¿Es una prenda deshonrosa? Aparte de que no era amarilla. Tú te confundes con la de la vuelta a Francia. Era de franela, color avellana, y escotadita con mucha picardía.

GRACIELA.- En la noche de bodas comenzaron tus indelicadezas, que seguirían después tu vida entera.

INOCENCIO.- Cuéntamelas, reina.

GRACIELA.- El palillo de dientes con el que jugabas en las comidas y que no se te caía nunca de la boca.

INOCENCIO.- Y eso, ¿qué tiene de particular?

GRACIELA.- Es horrible verte sentado en la mesa, clavándotelo entre las encías como un arado, asomado entre los labios igual que un colmillo. Y eres tan miserable, que por pura avaricia, no lo tiras después, sino que te lo guardas.

INOCENCIO.- ¡Bah!...

GRACIELA.- ¿Te atreverías a negarlo? Continuamente llevas la chaqueta llena de palillos. (Le mete la mano en la chaqueta y saca cuatro o cinco palillos, que tira asqueada.) ¿Ves, ves, como no miento?

INOCENCIO.- ¡Estate quieta!

GRACIELA.- Antes los usabas sólo en las comidas. Ahora vas al cine y entras con el palillo puesto.

INOCENCIO.- Para quitarme del tabaco, a ver si te enteras. El palillo de dientes a cambio de mis «Ideales».

GRACIELA.- ¿Cuáles son tus ideales? Si no tienes ninguno...

INOCENCIO.- Hablo de los cigarrillos que se llaman así, ignorante. Tú sólo conoces los finos, esos que se anuncian con cuatro niños vestidos de «smoking» y cuatro locas a las que se les ve cómo les llega el humo hasta el estómago. ¿Y qué? ¿Qué otras indelicadezas me reprochas, palillo aparte?

GRACIELA.- Tú nunca te pusiste en mi lugar, en el lugar de una muchacha llena de timidez y de ilusiones. Desde la primera noche usaste de tus derechos, sin darles valor, y por la sola razón de que te acostabas conmigo, ya te creíste dispensado de todo. Y yo, no. Yo no tenía otro afán que el de embellecer cuanto nos rodeaba, la convivencia; el deseo, la pobreza; y tú ibas, al contrario, haciéndolo cada vez más basto y más sucio. Mira esa maceta. Con su forro de papel rosado. Con su lazada. Es un símbolo de cuanto he pretendido. Que no se viese el barro... Ni en la maceta ni en nada. (Se levanta, rompe la funda y la lazada y las tira al suelo.) ¡Buen fracaso el mío! (Vuelve a sentarse. Pausa.) Luego, tu violencia.

INOCENCIO.- ¿Te he puesto la mano encima, por casualidad?

GRACIELA.- Sólo faltaba eso.

INOCENCIO.- ¡Mira no te hubiese roto un par de costillas! Otro gallo me cantara. (Se sienta en la mesa-camilla.) A ver, ¿cuáles han sido mis violencias?

GRACIELA.- Hablabas peor que el más soez de los carreteros. Aún recuerdo la primera vez que te oí una palabrota...

INOCENCIO.- Vaya...

GRACIELA.- Si, ya las había oído muchas veces en la calle, pero nadie me las había dicho a mí; ni estando conmigo. Y de pronto, tú...

INOCENCIO.- ¡Sería una broma...!

GRACIELA.- No... ¿Piensas que no sé distinguir por el tono cuándo una cosa se dice en serio y cuándo no? Tú estabas leyendo y yo me acerque a ti, tiernamente, y te hice una carantoña, y tú me

separaste de un manotazo y me dijiste...

INOCENCIO.- A ver... ¿qué te dije?

GRACIELA.- Que no te fastidiase... ¡Pero tú sabes con qué palabra, me lo dijiste...! Y cuando no hacía ni una semana que nos habíamos casado.

INOCENCIO.- El español es un idioma muy rico. Y todas las cosas tienen dos palabras. Una que usan los hombres, y otra las mujeres. Lo que pasa es que, a veces, nos olvidamos de con quién hablamos y las empleamos mal.

GRACIELA.- Te equivocaste otras muchas veces. Las primeras me causaban espanto. Después, rabia. Y lo peor es que, más tarde me acostumbé a ellas como si no significasen nada, y que, en alguna ocasión, he estado a punto de decirlas yo.

INOCENCIO.- (Se ríe.) ¡Ah, eso, sí que es divertido! Tú, la flor de Almendralejo, la princesa de Egipto... soltando palabrotas.

GRACIELA.- (Se levanta.) Sí, yo, rebajándome, envileciéndome día a día, poco a poco, sin darme cuenta, arrastrada por tu falta de maneras. Tuya fue la culpa si aborrecí el amor.

INOCENCIO.- Eres una anormal.

GRACIELA.- No. Decías unas groserías horribles mientras me abrazabas.

INOCENCIO.- Eso que tú llamas mi grosería, era mi sensualidad. Ya veo que jamás me entendiste.

GRACIELA.- Sí te entendí, sí. ¡Demasiado! Pero tú me engañaste. Yo soy tu viuda desde la primera noche. De hecho nunca te he mentado. Si entonces te hubieses preocupado por mí y me hubieses preguntado dónde iba, seguramente te hubiera dicho que a buscar a Germán Artuña.

INOCENCIO.- ¿Es verdad, entonces, que fuiste su amante, la amante de un viejo?

GRACIELA.- Los viejos, tú lo sabes, no pueden tener amantes. Yo fui la amante de Germán Artuña, un ser admirable. (Lo repite con una insistencia un poco extraña, un poco misteriosa.) ¡Yo fui su amante, sí, yo fui su amante!

INOCENCIO.- ¡Gloria! ¡Ven aquí! (GLORIA entra enseguida.) ¿Oíste a Graciela?

GLORIA.- (Torvamente.) Sorda tendría que ser para no oírla.

INOCENCIO.- Por si no estuviese bien claro, te lo repito ahora:

Graciela ha dicho que fue la amante de Germán Artuña. (A GRACIELA.) ¿Es así?

GRACIELA.- Sí.

INOCENCIO.- Gloria, tú eres testigo; no, sólo de lo que dice, sino de la desfachatez con que lo dice.

GLORIA.- Sí.

INOCENCIO.- Recuerda esas palabras porque es muy probable que tengas que repetir las fuera.

GLORIA.- Por si se me olvidasen, aquí traigo esto con que avivar la memoria. (Le enseña una fotografía.)

INOCENCIO.- Ah, una fotografía de don Germán. Y dedicada... «A mi amada de mi alma, 26 de ma de 1964». Por fin, una fecha reveladora.

¿Fue ese día el que comprendisteis que habíais nacido el uno para el otro?

GRACIELA.- Quizá. (Y hace mutis por la derecha.)

GLORIA.- (Con violencia.) ¡Zorra!

INOCENCIO.- ¡Gloria!

GLORIA.- ¡Sí, zorra, zorra, más que zorra!

INOCENCIO.- ¡Cállate!

GLORIA.- Sólo me queda eso, que tú me impidas llamarla como se merece. Te está bien empleado. Te lo ganaste a pulso, te dejaste engatusar. Te había embaucado. Que ella se creyese de sangre real era disculpable, porque siempre tuvo la cabeza llena de presunción; pero que te lo creyeses tú, eso era ya excesivo y la verdad es que picaste como un ingenuo. Cuando volviste con ella de Almendralejo, te sentías tan ufano como si trajeses un tesoro. ¡Graciela Viña! ¡Graciela Viña! Vaya, la emperatriz de Persia, y era una tontorróna vanidosa, llena de tontería, mirando a todos por encima del hombro. Y para caer en manos de esa cursi, que acabaría siendo una golfa, dejaste la casa en que vivíamos tan ricamente.

INOCENCIO.- Te repito que te calles.

GLORIA.- Pues no te hago caso. (Grita por la derecha.) ¡Zorra, zorra!

INOCENCIO.- A mi mujer no la insulta nadie más que yo.

GLORIA.- ¿Te escuecen las verdades? Pues aguántate. Sigue defendiéndola. Allá tú. ¿Sabes lo que te digo? Que cuando a los hombres os pasan ciertas cosas, por algo es.

INOCENCIO.- ¡Gloria!

GLORIA.- Averigua tú ahora si don Germán Artuña fue el único o el primero, siquiera. Vete tú a saber si, puesta a cumplir, no tendrá que hacer, a poco que viva, muchos gastos en coronitas.

INOCENCIO.- Lengua de víbora... ¡Cállate, por última vez! (GLORIA se calla, en efecto. En el umbral de, la ventana se queda con los brazos cruzados, mordiéndose los labios, a dos pasos de las lágrimas o del ataque de histerismo. Mientras INOCENCIO se pasea de un lado a otro de la habitación hablando entre dientes.) Ese don Germán... Una calamidad pública, un ser inútil. Tres años de ser, todo y de no ser nada. Escaparate, fachenda, engolamiento... Mucho escuchar poniéndose la mano en la oreja, como para no perder una palabra de lo que le decían, aun cuando le tuviese sin cuidado; mucho escribir posdatas afectuosas en las cartas de la Secretaría... «Siempre deseando servirle...» «Abrazos muy fuertes.» «A ver cuándo se le echa la vista encima...» Farsante. Y entre tanto mientras el Ministerio iba de tumbo en tumbo y no había una Ley que se hiciese a derechas, ni un Decreto como Dios manda, el tío se deslizaba furtivamente, igual que una sombra, de su casa a la mía, para engatusar a Graciela y adornarme la frente... ¡Qué vergüenza!... (EUGENIA entró unos momentos antes por la puerta del foro. Llevaba en la bolsa unos paquetes y un ejemplar del «Ya» que dejó, sin que lo advirtiese INOCENCIO, en la mesa-camilla. Ahora es cuando lo ve y lo coge violentamente.) Y hoy, como es lógico, vendrá retratado en los periódicos. (Lo abre.) ¿Qué es lo que dije? «Don Germán

Artuña, el ilustre hombre público que falleció en la tarde de ayer.»
(Se lo tiende a GLORIA.) Mírale, el miserable... Parece de dulce, con su uniforme, con sus condecoraciones nacionales y extranjeras, con su bigotito... (Pasa la hoja.) Ah, si no hemos terminado...
Más fotografías de don Germán Artuña. ¡Hale! Recién salido de la Academia. Entregando los títulos de propiedad de los nuevos pabellones de suboficiales. «Don Germán Astuña en su época de ministro»... (Mira esta fotografía con especial cuidado.)
¡Eugenia! (EUGENIA, que había hecho mutis por la izquierda vuelve un poco asustada. INOCENCIO le enseña el «Ya».) Así era don Germán, ¿verdad?, cuando venía aquí de merendola con mi mujer. ¡Contésteme!
EUGENIA.- ¡Huy, qué jovencito!
INOCENCIO.- Hable sin rodeos. ¿Era así o no?
EUGENIA.- Pues sí..., me parece que sí.
INOCENCIO.- (Iracundo.) ¡Váyase! ¡No quiero verla! (EUGENIA hace mutis, acobardada, por la derecha. Empieza a oírse, lejanamente, una banda tocando una marcha militar.) Y yo tan confiado... Yo, en el limbo. (La banda militar suena más cerca.) Y esa banda, ¿qué significa? (Se asoma a la ventana.) Y esos soldados... Es que vienen al entierro, ¿o estoy soñando? No, no sueño, no. Vienen a rendir honores a don Germán Artuña... ¡Ah, no! ¡Lo único que nos faltaba! (Se asoma a la ventana descompuesto.)
¡Si era un adúltero, un inmoral!
GLORIA.- Por Dios, Inocencio, no des escándalos, puede pasarte cualquier cosa.
INOCENCIO.- ¡Quiero desenmascarar a ese muerto! ¡Basta de hipocresías y de mentiras! ¡Era un hombre sin principios! ¡Se burlaba de mí, y no se lo aguanto! ¡Al cuartel esa tropa! (Suena el timbre de la puerta.)
GLORIA.- Inocencio, que te comprometes, estúpidamente, que no conduce a nada lo que estás haciendo.
INOCENCIO.- Hago lo que me da la gana.

(EUGENIA ha cruzado de la derecha al foro sin detenerse, mirando a INOCENCIO de reojo.)

GLORIA.- ¿Qué pretendes? ¿Que se rían de ti? ¿Que te detengan?

INOCENCIO.- Déjame. Lo voy a repetir en la Puerta del Sol si es preciso. ¡Me ponía los cuernos! ¡Era un hijo de siete padres! ¡Era un canalla!

GLORIA.- ¡Se acabó! (Cierra la ventana y se enfrenta a su hermano.)

BASTIÁN. (Por el foro, seguido de EUGENIA. Como unas pascuas.)

¡Enhorabuena, Inocencio!

INOCENCIO.- ¿Qué tontería es esa? ¿Por qué me das la enhorabuena?

BASTIÁN.- ¿Y qué haces? ¿No vas a ir al entierro? ¡Hay que ser agradecido, muchacho!

INOCENCIO.- ¿Qué tengo yo que agradecer a ese crápula?

BASTIÁN.- Se ha acordado de vosotros en su testamento. Os ha dejado

medio millón de pesetas.

INOCENCIO.- ¿Qué dices?

BASTIÁN.- Sí, hijo, sí. Cien mil duros como cien mil, soles.

¡Enhorabuena, muchacho!

(Al tiempo de oír esa noticia ha entrado GRACIELA. INOCENCIO mira a BASTIÁN estupefacto, mientras cae el...)

TELÓN

Acto III

Han transcurrido unos minutos. En escena están BASTIÁN e INOCENCIO sentados, frente a frente, en la mesa-camilla. Hay una botella de anís con dos vasitos. BASTIÁN termina de apurar uno de ellos.

BASTIÁN.- Qué, ¿no te lo crees?

INOCENCIO.- Me cuesta trabajo.

BASTIÁN.- Conste que anoche cuando me marchaba quise entrar. Y aún miré por la ventana si había luz. De buena gana te hubiera llamado, palabra, porque para que le den a uno noticias de esa clase vale la pena que le despierten, pero estaba a oscuras y preferí dejarlo para hoy. He madrugado, Inocencio, ¿no me lo agradeces?

INOCENCIO.- Sí, hombre, sí.

BASTIÁN.- Primero te confesaré desde dónde lo oí todo. Delante de tu mujer y de tu hermana me dio rubor. Estaba en el «water», ¿sabes?

INOCENCIO.- Ya.

BASTIÁN.- Y de pronto noté que, pared por medio, cuchicheaban...

Por cierto, ¡cuánta gente se conoce en esos sitios!

INOCENCIO.- (Alarmado. Equívocamente.) ¿En qué sitios?

BASTIÁN.- (Tras una pausa, despejando todo posible equívoco.)

¿En cuáles va a ser? En los duelos.

INOCENCIO.- Discúlpame, Bastián, pero es que hablas de una manera tan confusa...

BASTIÁN.- Prebostes para dar y tomar, generalotes y hasta un obispo. ¡Atención!, y como no podía ser menos, mi jefazo. Que te aseguro que encontrarte con tu jefe en algún sitio importante, fuera de la oficina, te da cierta autoridad, cierto rango, «¡Qué pérdida,

eh, Sebastián!», me dijo. Y yo, con una cara de circunstancias que partía el alma, le contesté: «Trágico, señor director, trágico.»

Bueno, a lo que íbamos.

INOCENCIO.- (Irritado.) ¡Ay, divagas de una forma...!

BASTIÁN.- Es por detallar, por informarte bien... (Simula el rumor de una conversación.) Blablablablabla... Y yo, tan ajeno hasta que de pronto oí tu nombre. Y me puse a la escucha. El «water» da al pasillo, y ellos hablaban en el pasillo.

INOCENCIO.- ¿Y estás seguro de que eran los sobrinos de don Germán?

BASTIÁN.- Hombre, como comprenderás yo no tenía ni la menor idea de quienes eran, pero ellos mismos se denunciaron en seguida. Eran, sí, Pascual y Federico, hijos de su hermano Julián. «Es un testamento muy extraño»... Blablablablabla... No te imagines que, así, de pronto, resultaba fácil entenderlos. Pero yo había abierto ya unas orejas de a metro. Fue entonces cuando oí tu nombre. ¡Demonio! ¿Qué tiene que ver Inocencio con todo esto? Caray que si tenías que ver... «¿Y quién es ese Inocencio García Parga? ¿Nuestro inquilino?» -preguntaba uno de ellos-. «Sí. Un pelmazo de a folio.»

INOCENCIO.- (Irritado.) ¿Cómo un pelmazo?

BASTIÁN.- Ya habrás observado que, en la versión para señoras, yo omití los detalles que podían molestarte, pero, si ahora quieres saberlos, no te subas a la parra por palabra más o menos. Aparte de que lo de pelmazo tampoco es muy mortificante. Es una expresión casi amistosa.

INOCENCIO.- ¡Sigue!

BASTIÁN.- «Era un pelmazo al que el tito protegía mucho.» «Conforme con lo de la protección, pero caramba, tanto como para dejarle medió millón de pesetas...» (Evasivo.) De comentario que hizo el otro sobrino... tampoco te hablé antes. Ni casi me atrevo a hablarte ahora, salvo que tú te pongas muy pesado.

INOCENCIO.- ¡Te lo exijo!

BASTIÁN.- Mira qué te va a disgustar.

INOCENCIO.- ¡Me es lo mismo! ¡Venga! ¿Qué fue lo que dijo? ¡Palabra por palabra!

BASTIÁN.- Bueno, allá tú. «A lo mejor el tito tuvo que ver con su mujer.»

INOCENCIO.- (Le coge por la solapa.) ¿Dijo eso, seguro que dijo eso?

BASTIÁN.- Ya sabía yo que te ibas a disgustar.

INOCENCIO.- ¿Y qué le contestó?

BASTIÁN.- No, algo muy halagador para ti: «Creo que era una socia estupenda.»

INOCENCIO.- Eso, según tú, debo considerarlo como un halago.

BASTIÁN.- Pues, caramba, a mi entender...

INOCENCIO.- ¿Y que más dijeron?

BASTIÁN.- «Pero hombre, el tito con una amante...» Como si el tito no hubiese sido capaz de eso. Ya te contaré una cosa, por cierto sabrosísima. Y fue lo último que les oí. Inocencio ¿tú me permites que te dé mi opinión?

INOCENCIO.- Este asunto es solo mío y no consiento a nadie meter las narices en él.

BASTIÁN.- Bueno, si te pones bestia, entonces me callo.

INOCENCIO.- (Arrepentido.) ¿Qué tienes que decir?

BASTIÁN.- A los sobrinos no hay que hacerles caso. El testamento del tito les habrá sentado malísimamente; porque aunque ellos heredan el resto de su fortuna, un pellizco de medio millón siempre duele. Entonces, tú ponte en su situación, lo natural es que se echen a buscar las causas del regalito y que piensen lo peor.

INOCENCIO.- Pero tú no me conoces a mí. Yo no quiero, ni necesito, esos cochinos cien mil duros.

BASTIÁN.- Hombre, que no los quieras, conforme; que no los necesites, es distinto.

INOCENCIO.- Entiéndeme, Bastián, y no seas negado. ¿Cómo no los voy a necesitar? Tú echa una miradita a la casa, y por cada mueble que no cojee, por cada visillo que no tenga un zurcido; por cada pared sin desconchado, te doy premio. Con cien mil duros pinto las paredes al duco, pago un aparador como un castillo y cortinas de terciopelo forradas de lo mismo, me compro un seiscientos al contado ¡y me hincho de signos exteriores! Pero y mi dignidad, ¿eh? ¿Y mi dignidad?

BASTIÁN.- ¿Qué es lo que te propones, Inocencio?

INOCENCIO.- Cuando vengan a anunciarme oficialmente lo de la herencia, les contestaré que se la guarden donde les quepa. ¿Me entiendes?

BASTIÁN.- Inocencio, decía que nadie me había metido a mí en este asunto, y puede que sea nada menos que la Providencia, porque mira por dónde voy a evitar que hagas una tontería mayúscula.

INOCENCIO.- ¡A ver qué se te ocurre!

BASTIÁN.- Antes de nada. Si no anduviese en danza tu mujer, tú no le pondrías peros al testamento, ¿verdad?

INOCENCIO.- Pues... no...

BASTIÁN.- En consecuencia, lo que hay que aclarar primero es si realmente tu mujer... tuvo una debilidad por don Germán.

INOCENCIO.- De eso no hay duda. Ella misma lo ha confesado.

BASTIÁN.- ¡Caray! (Transición.) ¿Así, de pronto, por las buenas?

INOCENCIO.- Sí, Sí.

BASTIÁN.- ¿Y cuándo?

INOCENCIO.- Poco antes de que llegases.

BASTIÁN.- También es coincidencia. ¿Y por qué? ¿Es que la achuchaste tú?

INOCENCIO.- Prescindo de detalles.

BASTIÁN.- Bien. Entonces, lo segundo que hay que aclarar es si esa debilidad de tu mujer fue realmente importante.

INOCENCIO.- Lo fue.

BASTIÁN.- ¿Qué entiendes por importante?

INOCENCIO.- No me obligues a precisar, Bastián. ¡Lee esa dedicatoria! (Le enseña la foto de don GERMÁN.)

BASTIÁN.- Es que... hay algo que me extraña mucho en todo esto. Se decía por ahí que don Germán no carburaba.

INOCENCIO.- Sería en estos últimos años.

BASTIÁN.- Hombre, a partir de cierta edad, lo de la carburación deja de dar motivos para la crítica, porque es lo natural. Lo grave es que se decía en la época en que lo lógico era que carburase. Y a eso mismo aludían los sobrinos. (Repite su frase.) «Pero hombre, el tito...» ¿Cómo iba a tener el tito una amante?» ¿Comprendes?

INOCENCIO.- Ya.

BASTIÁN.- ¿En qué época, sobre poco más o menos, sospechas tú que...?

INOCENCIO.- En el sesenta.

BASTIÁN.- ¿Sabes lo que te digo? Que puedes estar tranquilo.

INOCENCIO.- Bastián...

BASTIÁN.- Que sí, hombre, que sí. Que estoy harto de oír chismorreos sobre ese tema. Y anoche mismo, en el duelo, se habló de eso también. Aparte del comentario de los sobrinos.

INOCENCIO.- ¿Es posible?

BASTIÁN.- No fue un tema de conversación general, ya lo supondrás, pero apenas te descuidabas un poco y te ibas por los rincones, te dabas cuenta de que casi de lo único que se hablaba era de eso, y el duelo aparecía dividido, pero eran más los partidarios de la no carburación. O sea, que, si no es broma lo de que cuando el río suena agua lleva, difícilmente ha podido ponerte en ridículo don Germán.

INOCENCIO.- Tú eres soltero, amiguito. Y quizá ese detalle te impida saber que a un casado se le pone en ridículo de mil maneras, y que mucho antes de que ocurra la catástrofe ya has dado lugar a que te toreen los chavales por las esquinas del barrio.

BASTIÁN.- Tampoco hay que exagerar.

INOCENCIO.- Y aún te diré otra cosa. Sea lo que sea lo que haya de verdad, cuanto más se murmura, peor. Es preferible que te la jueguen a fondo, sin que nadie se entere, que a medias solamente, pero con publicidad. ¿Qué miras? ¿Te parezco un vanidoso?

BASTIÁN.- No, no...

INOCENCIO.- Don Germán es el primer amante que entra en mi familia, desde que tengo memoria. Bueno, que entra... que aparece. Y a mí me falta práctica en estas situaciones, ¿comprendes?

BASTIÁN.- Sí, Sí...

INOCENCIO.- Porque, además, no está escrito cómo se debe reaccionar en casos semejantes. Nuestros padres tenían mejor estudiado esto que nosotros.

BASTIÁN.- (Con dignidad seca y agresiva.) Eso, los tuyos, porque entre los míos nunca hubo una palabra más alta que otra.

INOCENCIO.- ¡Ojo! Ni entre los míos, a ver si nos entendemos. Me refiero a los padres así, en general, y aún más a los abuelos, a nuestros antepasados, ¿te enteras?

BASTIÁN.- Sí, Sí...

INOCENCIO.- Había unas pistolitas que funcionaban a maravilla. Adulterio al canto, tirito por aquí, tirito por allá, y listo. Y si no, «los lances de honor» en casa Juan o en el Retiro. Pero ya me contarás cómo me bato yo con don Germán.

BASTIÁN.- De todas maneras, esas eran medidas para cuando, se les cogía en el lecho del dolor.

INOCENCIO.- ¿Cómo del dolor?

BASTIÁN.- Perdóname, hombre..., en el conyugal.

INOCENCIO.- Aunque no fuese en el conyugal.

BASTIÁN.- Chico, estoy atontado, como si no hubiese más que esos dos. Lo que quiero decir es que tú no los has cogido en ningún lecho.

INOCENCIO.- ¡Naturalmente que no!

BASTIÁN.- Por tanto, ni aun en pleno siglo diecinueve hubieran estado las cosas claras.

INOCENCIO.- Quizá no. (No muy convencido, deseoso de encontrar oposición.) Lo que sí es, indudable es que yo debo renunciar a esa manda.

BASTIÁN.- Pues mira, yo pienso de distinto modo. Esa manda, para mí, como para cualquier persona decente, equivale a una indemnización. Don Germán te había perjudicado, ¿no?

INOCENCIO.- Salta a la vista.

BASTIÁN.- Debí de quedarle el remusguillo, y para quitárselo de encima, a la hora de la formalidad, se dijo: «Puesto que el dinero no me lo voy a llevar al otro mundo y al fin y al cabo no hay mujer ni hijos por delante, ¿qué me cuesta tener un detalle con Inocencio?» Y te hizo el regalito.

INOCENCIO.- Sé congruente con tus palabras. Nada de regalitos. Querrás decir que me pagó los desperfectos.

BASTIÁN.- Justo.

INOCENCIO.- Si es que eso se puede pagar de alguna manera.

BASTIÁN.- (En secreto.) A ti, no, porque eres un caballero español. Pero sí que se puede pagar o que, al menos, se paga. A diario se hacen compensaciones de esas. Y más baratas.

INOCENCIO.- Si don Germán me hubiese dado los cien mil duros por pura amistad, sería un gran señor; si me los ha dado por acostarse con mi señora, es un tacaño.

BASTIÁN.- Hombre... Claro que la vida ha subido muchísimo y a estas cosas es difícil ponerles precio; pero, bien mirado, no está mal la cifra. (INOCENCIO va a replicarle.) Sí, sí... Hay que pisar en la realidad. Quinientas mil pesetas son un piquito muy goloso, no te las gastes en arreglar la casa. Monta un negocio. Una heladería, por ejemplo.

INOCENCIO.- ¿Y por qué una heladería?

(GLORIA entra por la izquierda.)

BASTIÁN.- No sé... Como hace tanto calor, se me ocurre que debe ser un buen asunto. Además, la materia prima es el agua. Así que...

INOCENCIO.- ¡No! ¡No las acepto!

BASTIÁN.- Porque estás loco.

GLORIA.- Tu amigo tiene razón.

INOCENCIO.- ¿También tú?

GLORIA.- Naturalmente que sí. ¿Es que vas a remediar lo que pasó? Entonces déjate de quijotismos y saca el fruto que puedas de las porquerías de Graciela.

INOCENCIO.- (Sin demasiada resolución.) No.

GLORIA.- Pues conviértete en el hazmerreír de tus amigos y échate aún más lodo encima.

INOCENCIO.- Y eso, ¿por qué?

GLORIA.- Porque si aceptas el dinero sin meterte en historias nadie se sorprenderá ni hará comentarios, salvo de tu buena suerte. Pero si renuncias, todos se preguntarán el motivo. Y va a haber explicaciones muy graciosas.

INOCENCIO.- ¿Quién ha de enterarse?

GLORIA.- Justamente los que más te desagraden, como pasa siempre.

INOCENCIO.- ¿Qué pretendes que haga, Gloria?

GLORIA.- Encogerte de hombros y guardarte la manda, que te vendrá como anillo al dedo.

BASTIÁN.- Fíjate que no soy yo el único que te lo aconseja. Aparte de que...

INOCENCIO.- Sigue.

BASTIÁN.- Yo no le quito la gravedad a lo de tu mujer, porque está claro que se portó mal; pero, qué demonio, si fue con uno solamente...

INOCENCIO.- ¡Bastián!

BASTIÁN.- Sin sulfurarte, que así no conseguirás nada. Repito que, si fue con uno solamente, tampoco sería un disparate que la perdonaras.

INOCENCIO.- (A SEBASTIÁN.) ¿Tú qué harías en mi caso?

BASTIÁN.- Lo mismo que te aconsejo. Yo no tengo dos medidas, una para mí, otra para los demás. Yo la interrogaría a fondo, eso lo primero. Y si el resultado era satisfactorio... (Mirada encrespadísimas de INOCENCIO.) Bueno, dentro de lo que cabe, la absolvería... y santas pascuas. (INOCENCIO vacila de manera visible.) ¡Hay que ser magnánimo, Inocencio! ¡Perdonar!

INOCENCIO.- ¿A quien me ha engañado miserablemente?

BASTIÁN.- Bueno, pero con uno... Oye, y de categoría, que también eso cuenta, porque no es lo mismo una figura nacional que un pelanas, y que, además, te ha engañado muy poco, si nuestros informes son ciertos.

INOCENCIO.- ¡No!

BASTIÁN.- ¡Mira que vas a arrepentirte!

GLORIA.- Haz caso Bastián. Habla a Graciela.

INOCENCIO.- ¿Por qué?

GLORIA.- Tal vez lo de don Germán fue una ofuscación, una alucinación... Quizá sea excesivo reaccionar así. Ya ves que no soy sospechosa, pero...

BASTIÁN.- Piensa, además, que precisamente con la manda por medio, esta no es la ocasión de tarifar con tu costilla.

INOCENCIO.- ¿Y por qué no?

BASTIÁN.- Porque se te llevaría la mitad, ¿no comprendes, so lílí?, y entre eso y lo que te rascase la Hacienda, habrías hecho un

negocio de risa. (Ante un gesto de sorpresa de INOCENCIO.) ¿Qué?
¿Lo dudas?

INOCENCIO.- Pues, sí. Voy a consultarle a don Fernandito.

BASTIÁN.- ¿Quién es don Fernandito?

INOCENCIO.- Hernández Juan. (Marca un número en el teléfono.)

BASTIÁN.- ¿Y por qué le llamas don Fernandito? ¿Eres tan amigo suyo?

INOCENCIO.- No le gusta que le llamen don Fernando, dice que es gerundio. Óigame: ¿es la casa del señor Hernández Juan? ¿Podría hablarle? Dígale que es de su compañero de oficina, Inocencio García Parga.

BASTIÁN.- Tú fíjate que no estáis separados, que por tanto...

INOCENCIO.- ¿Don Fernandito? Perdóneme que le moleste... Pero es que nos hemos reunido aquí unos amigos y hemos empezado a discutir, y yo he dicho que de esto quien sabe más en España es don Fernandito, y le llamamos para que nos aclare. Vamos a ver... Dos personas están casadas y, de pronto, un tío les deja un dinero. No un tío precisamente. Otra persona... ¿Qué pasa con ese dinero? Ya sé que se lo gastan tan ricamente, pero lo que yo le pregunto es esto: ¿En qué proporción lo heredan? Claro... son gananciales... Ahora: imagínese que la pareja no se lleva muy allá, que están separados... ¿judicialmente? No, no..., así, por las buenas... Hombre, por las buenas en lo que cabe... ¿Qué pasa entonces? ¿A partes iguales también? ¿Mitad para el marido... y mitad para la prójima? ¿Aunque a quien le haya tocado el regalito haya sido a uno? Vaya, al marido, por ejemplo. Ya, ya. (Transición.) Don Fernandito, usted es un pozo de ciencia. Dispénsame la lata y gracias por todo. Y hasta mañana, don Fernandito, hasta mañana. (Cuelga.) Tenías razón. Hay que hocicar. (Se queda un tanto parado, se asoma al lateral.) ¡Graciela!

GRACIELA.- (Responde tras una pequeña pausa.) ¿Qué me quieres?

(BASTIÁN y GLORIA hacen ademán de iniciar el mutis. BASTIÁN por la puerta del foro. GLORIA por la de la derecha.)

INOCENCIO.- ¡Nadie se mueva! (Los dos obedecen.) Graciela: lo que has hecho... iba a decir que no tiene nombre, pero desgraciadamente sí lo tiene. Por razones de buen gusto lo omito. (Pausa.) Yo podría tomar medidas graves: ya la de darte una paliza que te hiciese terminar en la Casa de Socorro, ya la de ponerte de patitas en la calle; pero en atención a muchas cosas, estudiaría la manera de perdonarte, siempre y cuando me convencieses de que lo de don Germán había sido en tu vida un episodio nada más. Esto es, si llegase a la conclusión de que no habían existido, ni predecesores ni continuadores. ¿De acuerdo? Así que contéstame: don Germán ¿fue el único?

GRACIELA.- (Tras una breve pausa. Serenamente. Sin jactancia, pero sin sonrojo.) No.

INOCENCIO.- Graciela: te suplico que midas bien tus palabras. Lo

que te pregunto es si tú me has engañado con otras personas, además de don Germán. Está clara mi pregunta, ¿no?

GRACIELA.- ¿Es que no lo está mi contestación?

INOCENCIO.- ¿Ha habido, entonces, más hombres en tu vida?

GRACIELA.- Sí.

INOCENCIO.- Gloria, Bastián, ¿la oís?

BASTIÁN.- (Recriminatoriamente, a media voz.) ¡Graciela!

GLORIA.- (Mientras se muerde los labios.) ¡Vaya!

INOCENCIO.- Creo que empezareis a comprender la clase de pécora con que me he casado. (Imponiéndose a sí mismo, y no sin dificultad, cierta moderación.) Resulta, pues, que, don Germán no ha sido su única aventura. (Llevado por la cólera va a agredirla.) ¡Maldita sea mi estampa!

(BASTIÁN y GLORIA le contienen.)

BASTIÁN.- ¡Modérate, Inocencio! (GRACIELA vuelve a hacer mutis por la derecha.)

INOCENCIO.- ¿Qué os dije? Y ahora, ¿seguís pensando que debo jugar al marido perdonador?

BASTIÁN.- (Con una energía insospechada.) ¡Pues, sí!

INOCENCIO.- ¿Yo? ¿Con una mujer que confiesa que ha tenido varios amantes y se queda tan tranquila?

GLORIA.- ¿Varios amantes...?

INOCENCIO.- Ya la oísteis.

GLORIA.- (Con cierta gravedad sentenciadora. En realidad, nunca se tiene más que uno... Ante las miradas de su hermano.) Vaya, por lo que yo he leído.

INOCENCIO.- ¿Qué tontería es esa?

GLORIA.- Sí, uno, al que de verdad se quiere y por el que se hacen mil locuras. Los otros, o sirven para preparar esa pasión que al fin llega... o para consuelo de haberla perdido. (Se reafirma.) ¡Lo he leído, repito que lo leí!

BASTIÁN.- Tu hermana habla como el Evangelio. Pero no sólo por eso debes perdonar, sino por otras razones. La primera es la de que...

¿Tú no oíste nunca eso de que muerto, por mil, muerto por mil quinientos? Graciela dio un paso, el decisivo, el que cuenta. Los otros son accesorios. Y, además, tú, Inocencio, has sido toda tu vida un buen pirandón, no lo niegues. Tú has andado mucho de picos pardos... (Ve a GLORIA. Se contiene.) Bueno, dispéñeme.

GLORIA.- No, por mí, hable, hable...

INOCENCIO.- (Sin atreverse a confesar la satisfacción que le produce recordar sus éxitos.) ¿A qué te refieres?

BASTIÁN.- ¡Cómo te gusta que te recreen el oído! (Complaciéndole.)

¿Qué pasó con la secretaria de la sucursal de Atocha? ¿Y con la taquillera del Triana? ¿Y Con Adelita, la del estanco?

INOCENCIO.- ¡Qué memoria, Bastián!

BASTIÁN.- Llevamos muchos años juntos y me conozco tu historial al dedillo. Somos correligionarios, Inocencio; a los dos nos gustan las

mujeres. Si Graciela se enterase de tus aventuras... Así pues, olvida lo pasado y déjate de tonterías.

INOCENCIO.- (Le mira a los ojos.) Tú, estate tranquilo; te pagaré los trescientos duros.

BASTIÁN.- ¿A qué viene esa salida de pie de banco?

INOCENCIO.- ¡Yo me entiendo!

BASTIÁN.- También yo a ti. Tú supones que sí, yo te empujo a que aceptes medio millón es porque así me cobro lo que te presté. ¿Por quien me tomas?

INOCENCIO.- Por nadie. Pero para que me aconsejes con más desinterés todavía, té diré que la mitad de lo que me diste lo guardaba ahí para devolvértelo, y la otra mitad pensaba sacármelo de la paga de junio.

BASTIÁN.- Que no, Inocencio, que es el amigo el que te habla y no el prestamista.

GLORIA.- Le ofendes, Inocencio. Y no lo merece.

BASTIÁN.- Es tu bien el que busco, no el mío.

INOCENCIO.- Perfectamente. Me doy por enterado.

(Por el foro entra la señora IGNACIA. Es la mujer del portero, una mujer de unos sesenta años, honrada siempre y aún bravía.)

IGNACIA.- Don Inocencio, no hay derecho.

INOCENCIO.- ¿A qué no hay derecho, señora Ignacia?

IGNACIA.- A lo que me ha dicho la Eugenia. Doña Graciela es una señora de pies a cabeza y don Germán fue toda su vida un santo varón, y es un crimen el que usted sospeche de ellos.

INOCENCIO.- ¿Quién la mete a redentora de causas perdidas? ¿A qué conduce el que niegue lo que ha confesado mi mujer?

IGNACIA.- ¿Que doña Graciela ha confesado...?

INOCENCIO.- ¡Sí!

IGNACIA.- Mire, don Inocencio, yo pondría las dos manos en el fuego...

INOCENCIO.- ¡Póngalas! ¡Así no podrá pasarme los recibos!

IGNACIA.- Algunas veces sí, cuando visitaba a Andrés Yuste, que vivía en el tercero, me preguntaba al bajar: «Señora Ignacia, ¿cómo van mis amigos del bajo?», y entraba a verlos... De puro sencillo que era... Para que usted se entere; don Inocencio, ¿sabe lo que me dijo un día? «Me preocupa que mis sobrinos, cuando yo falte, vendan estos pisos y creen un conflicto a esta pareja que anda siempre con el agua al cuello.» Así lo dijo, delante de mi marido y de mí.

INOCENCIO.- ¿Dijo eso? (En voz baja.) Entonces, Bastián, lo que se había propuesto..., con.... lo que tú sabes..., sería

evitarnos...

BASTIÁN.- Seguro.

IGNACIA.- Para que usted se eche a pensar que si tal o que si cual.

INOCENCIO.- Conforme, Ignacia. Ahora, váyase.

IGNACIA.- Me iré, pero le repito que su señora es una santa.

INOCENCIO.- De acuerdo, una santa; pero usted váyase al demonio.

(IGNACIA se ha ido, en efecto, y se la oye cerrar la puerta.)

BASTIÁN.- (Tras una pausa.) Inocencio... ¿Tú estás muy seguro de que Graciela te...? (Levísima y vergonzante alusión a su engaño como marido.)

INOCENCIO.- ¡Bastián!

BASTIÁN.- ¡Estoy hablando a tu favor!

INOCENCIO.- ¿Por qué te empeñas en rebuscar en los bajos fondos?

BASTIÁN.- Es que a mí..., la idea de Graciela hecha una vampiresa y viviendo su vida, no me va, te soy sincero.

INOCENCIO.- ¡No intentarás ser más papista que el Papa!

BASTIÁN.- No, eso no. Pero, por de pronto, la fotografía de don Germán no tiene para mí, como prueba, ningún valor.

INOCENCIO.- ¡Ah! ¿no?

BASTIÁN.- «A mi amada de mi alma...» Si al menos dijera: «A mi Graciela de mi alma...» ¿Quién sabe cuál fue la amada de su alma?

INOCENCIO.- Me parece, Bastián... que te pasas de listo.

BASTIÁN.- Huy, huy, huy..., ¿No podía suceder que nada dé lo que dijese fuese cierto? ¿Que creyese que había pasado lo que ella desearía realmente que hubiese pasado? ¿No te suena todo un poco como si lo hubiese soñado y no vivido?

INOCENCIO.- (A GLORIA.) ¿Dónde encontraste los recortes de periódicos y la fotografía de don Germán?

GLORIA.- En su cómoda...

(INOCENCIO hace mutis rápidamente por la derecha. Se oye el ruido de unos cajones que se abren y se cierran violentamente.)

BASTIÁN.- ¿No cree usted?

GLORIA.- Puede que tenga razón.

GRACIELA.- (Desde dentro.) ¡No toques eso, no toques eso! (Se oye un portazo.)

INOCENCIO.- (Trae un mazo de papeles y de fotografías que echa sobre la mesa. Atónito, como si de pronto entreviese, que BASTIÁN tenía razón y no pudiera darle crédito.) ¿Será posible...? Dime,

Bastián..., ¿ese no es el que hizo la película aquella de...?

BASTIÁN.- Claro, el mismo.

INOCENCIO.- ¿Y este no es el príncipe que sale siempre en «Hola»?

BASTIÁN.- Naturalmente...

GRACIELA.- (Por la derecha.) ¡Dame esos retratos!

INOCENCIO.- Ahí los tienes. (Los arroja despreciativamente al suelo. Caen delante de la mesa-camilla. GRACIELA, con humildad, con ternura, los recoge y trata de ordenarlos.) ¡Miradla bien! La mujer fatal, la Bella Otero de nuestros días... Cada amante, un genio... Estrellas de Hollywood, príncipes del Gotha..., todos prendidos en los encantos de la reina de Almendralejo.

GRACIELA.- ¡Cállate!

INOCENCIO.- (Patéticamente.) Pobre ilusa... Siempre con tu cabeza llena de novelerías, de deseos imposibles, de disparates. Siempre yendo de un lado a otro, sin timón, guiada no sé bien por qué, por un rayo de luna, por una voz que tú sola oyes, por un perfume... Siempre lejos de la realidad, de la verdad, de la vida...

GRACIELA.- No me compadezcas. Compadécete tú, el hombre más engañado de la tierra.

(Mutis de GRACIELA por la derecha.)

INOCENCIO.- (Le grita desde la puerta.) Si fue de ese modo... ¡Ahí me las den todas! ¡Bah! (Transición.) Creo de verdad que no ha sido la amante de nadie, sino tan sólo la aburrida señora de García Parga... Mi mujer.

BASTIÁN.- Ni lo dudes... Y la manda de don Germán, pues, ya la tienes explicada... Su deseo de echaros una mano para que no tuvieses líos con el piso cuando él muriese. Era un buen hombre...

INOCENCIO.- ¿Quién lo ha puesto en duda?

BASTIÁN.- (Larga pausa.) Mejor así, ¿no?

INOCENCIO.- Sí, mejor.

BASTIÁN.- ¿No lo cree usted también?

GLORIA.- (Ambiguamente.) Sí, sí...

BASTIÁN.- Pues lo celebro, Inocencio.

INOCENCIO.- Gracias, Bastián...

BASTIÁN.- ¿Irás por el café a la noche?

INOCENCIO.- Tal vez.

BASTIÁN.- Entonces, hasta pronto. Adiós, señora.

GLORIA.- Adiós.

BASTIÁN.- Y al cementerio. ¿No irás al cementerio?

INOCENCIO.- Sí, claro, pero hay tiempo. Aún queda el funeral en la Parroquia.

BASTIÁN.- Oye, lo de la heladería, si es que tienes en el aire lo del piso, yo lo dejaría para otra ocasión.

(Inicia el mutis acompañado de INOCENCIO.)

INOCENCIO.- Claro que sí. Ahora, de todas maneras, esto (Toca la pared.) no hay más remedio que pintarlo.

(Mutis los dos por el foro. GLORIA se asoma a la ventana que está completamente abierta. Por la derecha entra GRACIELA con una maleta de fibra que deposita en el suelo, y se dispone a marcharse de nuevo por la derecha.)

GLORIA.- ¿Te vas de viaje?

GRACIELA.- Me voy, sencillamente.

(Mutis por la derecha, de donde regresa con un montón de libros en una redecilla y un abrigo de entretiempo al brazo.)

INOCENCIO.- (Vuelve.) Y eso, ¿qué significa?

GRACIELA.- Que me marchó de esta casa.

(Mutis de GLORIA por la derecha.)

INOCENCIO.- ¿Qué tontería es esa? ¿Quién te ha dicho que te vayas?

GRACIELA.- Nadie. Lo he decidido yo.

INOCENCIO.- Por mí puedes quedarte hasta que te mueras.

GRACIELA.- Por mí, no.

INOCENCIO.- El exceso de fantasía es una bobada, pero no un delito, así que deshaz la maleta y haz el almuerzo, que es lo tuyo.

GRACIELA.- No le quites valor a eso que llamas mi fantasía. Tú, tan vanidoso, tan pagado de ti, no debes menospreciarla. Si supieses a cuántos hombres he deseado, de cuántos he querido ser, a cuántos he amado yendo junto a ti, te sentirías en ridículo ante ti mismo.

INOCENCIO.- ¡Bah!... Amantes en sueños...

GRACIELA.- Ocho horas, todas las noches, mientras tú dormías a mi lado oliendo todavía a tu golfa de turno, esa que arrinconabas cuando salías de la oficina o cuando volvías de jugar al dominó con los amigos, yo he sido la amante de otros hombres. No es pequeña mi infidelidad, Inocencio. Sobre todo pensando que mis amantes han sido los seres más inteligentes, los más poderosos, los más bellos de la tierra.

INOCENCIO.- Te felicito.

GRACIELA.- Hace mucho que no vivo en esta jaula, cercada por tus pequeñeces, por tus miserias, espiada por el odio de Gloria sino fuera de ella. Y si todavía no he muerto de asfixia es porque la abro cuando quiero y huyo. Con la imaginación yo me he dado a triunfadores, a héroes, a genios que ni sabían que existiese... Pero también a quienes me perseguían cuando era joven... y hasta a los que me decían una brutalidad por la calle. Me faltaba coraje o me sobraba limpieza, no lo sé, para entregarme a ellos de verdad. Me siento a gusto conmigo misma por no haberlo hecho, por no haberme envilecido. Pero yo no sospechaba que, sin más que la imaginación, fuese posible vengarse tan a fondo de nadie. Ahora ya lo sabes todo.

(La Banda Militar interpreta una marcha fúnebre cualquiera. La de Chopin -atención en versión de banda- sería la más adecuada.

GRACIELA se acerca a la ventana.)

Don Germán era un semidiós para mí, y de ese semidiós fue de quien la vida me puso más cerca, pero él no se enteró de que yo le adoraba

o, por lo menos, hizo como si no se enterase. Aquí estuvo, sí, algunas veces, cuando su administrador enfermó y él venía a visitarle. Entonces yo le esperaba horas enteras al pie de la ventana y abría la puerta como por casualidad. «Don Germán, ¿no quiere usted nada con los buenos amigos? Pase un momento.» Cuatro tardes hablamos aquí largamente. Mejor dicho, le oí hablar. Es verdad, sí, que le he recibido en esta habitación, pero solo en esta. De él, al que quise con toda mi alma, soy una amante frustrada.

INOCENCIO.- ¿Y la fotografía?

GRACIELA.- Estaba dedicada a su mujer. Ayer, por la tarde, la robé de su casa.

INOCENCIO.- (Violento.) ¡Borrón y cuenta nueva!

GRACIELA.- Tarde ya.

INOCENCIO.- Te he dicho que te he perdonado.

GRACIELA.- Sí, pero no por amor; ni siquiera por bondad, sino por codicia, porque anda en juego la manda de don Germán y no es cosa de malbaratarla. A ese precio transigías con todo. Ese perdón, en lugar de acercarte a mí; te empequeñece más todavía. Es más que nada por ese perdón por lo que me voy.

INOCENCIO.- ¡Desdichada! ¿Y adónde? ¿Crees que es lo mismo andar por las noches sobre las nubes, que por el día, pisando el duro suelo, las piedras y los charcos? Lo probable es que vuelvas pronto, con los pies deshechos y llenos de rasguños.

GRACIELA.- ¿Y para qué he dé volver? ¿Qué me espera aquí?

INOCENCIO.- Por lo menos, la comidita caliente.

GRACIELA.- Prefiero el hambre.

INOCENCIO.- (Amenazadoramente.) ¡Graciela!

GRACIELA.- (Desafiadora.) ¿Qué?

INOCENCIO.- Te prohíbo que te vayas.

GRACIELA.- ¿Con qué derecho?

INOCENCIO.- Soy tu marido.

GRACIELA.- ¿Y para qué he de quedarme? ¿Para ser como una sombra en esta casa, moviéndome entre sombras, sin hablarlas y sin mirarlas?

INOCENCIO.- ¡Tú te quedas!

GRACIELA.- ¿No comprendes que aunque cien veces naciese no podría quererte, que todos los hombres de la Tierra están más cerca de mi amor que tú?

INOCENCIO.- Pues a pesar de eso, no te vas.

GRACIELA.- Te he dicho que sí.

INOCENCIO.- Te he dicho que no. (La abofetea.)

GRACIELA.- (Sordamente.) Era lo único que te faltaba. (Y hace mutis, resueltamente, por el foro.)

INOCENCIO.- (Desde el umbral.) ¡Graciela!

GLORIA.- Déjala que se marche. (Se oye un portazo. INOCENCIO va a la ventana como para llamarla. GLORIA le retira.) No seas niño...

INOCENCIO.- (Para sí, como si tuviese la conciencia de que ha perdido algo invaluable. Sordamente.) Graciela...

GLORIA.- Mañana te encontrarás en el mejor de los mundos. Niño, que eres un niño... Nadie que te exija que te afeites, ni que te llenes

de colonia... ¡Uf!... Menudo incordio te has quitado de encima...

INOCENCIO.- (Entre soñador y desamparado.) Graciela...

GLORIA.- ¿Qué quieres que te traiga para el almuerzo? ¿Te hago arroz blanco? ¡Eh, reacciona, hombre! O croquetas. ¿Prefieres croquetas?

INOCENCIO.- No quiero nada. ¡¡No quiero verte!!

GLORIA.- Bueno, hermano, bueno. ¿También contra mí?

INOCENCIO.- He estado ciego. He sido un monstruo de violencia, de grosería, de egoísmo... y he perdido a Graciela.

GLORIA.- (Se ríe.) ¡Huy...! En cuanto a eso, estate tranquilo. No pasarán muchas horas sin que vuelva a entrar por esa puerta.

INOCENCIO.- ¿Tú crees?

GLORIA.- Claro, hombre, claro. Ahora resultará que te has enamorado de ella como un estudiante. Pues naturalmente que volverá. ¿Dónde va a ir que más valga?

INOCENCIO.- (Con pesadumbre.) No. No vuelve Graciela. Sería un milagro si volviese. .Esto se ha muerto para siempre.

(GLORIA recoge la funda de papel rosa y la tira por la ventana; baja la persiana, con lo cual deja la habitación en penumbra. Toma del suelo la cinta que adornaba la maceta y, después de habérsela enrollado en la palma de la mano, la guarda en el bolsillo de la bata y hace mutis por la izquierda. INOCENCIO inicia el mutis por la derecha, pero en ese instante suena el timbre de la puerta.

INOCENCIO se detiene, y de espaldas al espectador espera, visiblemente persuadido de que GRACIELA vuelve al hogar que ha abandonado. Con distinto estado de ánimo, pero en actitud de parecida expectación, GLORIA reaparece por la izquierda. EUGENIA, que abre la puerta, surge inmediatamente detrás de MANOLO. MANOLO, sin palabras, mira con aire retador a INOCENCIO y lanza sobre el centro de la escena una corona, cuya descripción se ajusta a la que hizo en su escena anterior y sobre la que flotan las cintas negras con la dedicatoria en purpurina. Todo es tan rápido que no ha lugar a pronunciar palabra alguna. En silencio, pues, cae definitivamente el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

